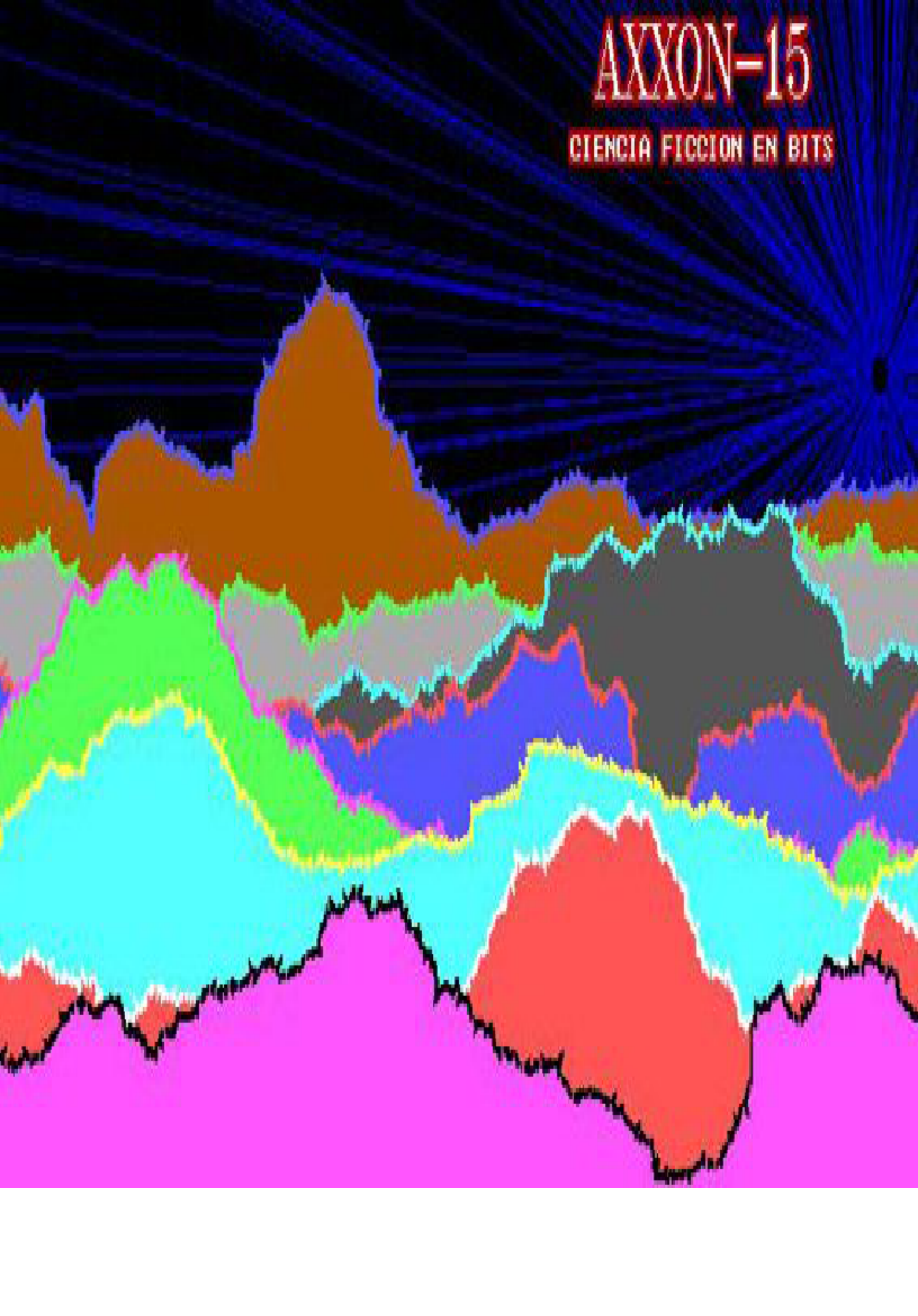

AXXON-15
CIENCIA FICCION EN BITS

Axxón 15, diciembre de 1990

Editorial - Lo que dicen de Axxón, Eduardo J. Carletti

Ideario - El diccionario del bitlo, Rodolfo Contín

Ficciones - Acuarela en gris, Leonardo Berlusconi

Ficciones - Los reyes de la arena, George R. R. Martin

Ficciones - Jugar con fuego, Carlos Daniel J. Vázquez

Noticias - Noticias, equipo Axxón

Correo - diciembre de 1990, Axxón

Equipo - Equipo Axxón, Axxón

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 15

Lo que dicen de Axxón



Desde que nació Axxón, y en cuanto alguien pudo leerla y abrir juicio, ya se intentó poner la revista en algún encasillamiento. Esta actitud, vista desde el lado del que hace la cosa, resulta odiosa. Alguien dijo que éramos una revista con “un nutrido índice de CF relacionada con la computación y ciencias físicas” [se refería en esta crítica al número 7, que tenía algo de eso, aunque en menos de la mitad de los cuentos] y algún otro que “está destinada a una audiencia más próxima al mundo de las computadoras que al de la CF”. (Ambas, queda claro, son citas textuales.) Los lectores que han leído Axxón con cierta continuidad (sin necesidad de haberlas leído todas) ya se estarán preguntando si los autores de estas rotundas afirmaciones no serán oriundos de algún mundo paralelo. Nosotros también. Si alguien desea hacer un poco de números se encontrará con que los resultados estadísticos hablan de otra manera. Claro que la matemática es una ciencia exacta, fría, dura y —nos permitimos ser un poquito odiosos— no edita fanzines que compiten con Axxón.

Nos complace informar que, de **cuatro** números de Axxón salidos en 1989, resultaron nominados **cuatro** cuentos para el premio Más Allá; dos en la categoría “cuento” y dos en la categoría “cuento corto”. Esto con respecto a la primera vuelta. En la votación final resultaron ganadores los cuentos “Marina del Silencio” (**Axxón #2**, Noviembre de 1989) y “RCT-I” (**Axxón #3**, Diciembre de 1989) y segundos los cuentos “Nombre propuesto para el planeta: ?” (**Axxón #2**, Noviembre de 1989) y “MCVI A. S.” (**Axxón #0**, Setiembre de 1989). De estos cuentos, y según

nuestra pobre capacidad de clasificación [no somos académicos], sólo uno trata un tema relacionado con alguna ciencia física —especialmente sobre el tiempo— (**RCT-I**), mientras que los otros se podrían clasificar en las siguientes disciplinas: sobre conflictos humanos y mitología (**Marina…**), sobre una forma de vida alienígena (Nombre propuesto…) —¿Biología, Zoología, Ecología?—, y sobre sociología (**MCVI…**). (Lo de "sociología" es por si queremos decirlo de un modo científico, ya que en realidad trata sobre los pensamientos, emociones y sentimientos de un niño que espera la llegada de una visitante de un mundo muy diferente al de él.)

No deseamos ignorar ni quitar valor a la palabra de los especialistas, y la respetamos siempre que no venga cargada de una subjetividad excesiva. Pero desprenderse de ella es muy difícil cuando se trabaja de modo puramente amateur y cuando se opina sobre un competidor. Por esto es que prestamos mucha más atención a la opinión de los lectores, cuyo interés es más claro, evidente y simple: leer algo interesante, disfrutando de la lectura y del entretenimiento. Procuramos, desde ya, que Axxón le resulte bueno a todos los lectores, cualesquiera sea su gusto particular dentro del amplio espectro de la CF, para que nos sigan leyendo y nos sigan recomendando. A causa de esto —y debido a esto, en esencia— perdemos muchísimo tiempo en la búsqueda, selección, corrección y presentación final de nuestro material. Y por esto, y especialmente por esto, nos molestan los encasillamientos. A los que no sepan qué poner sobre Axxón en un comentario, a los que deseen encontrar un rótulo sin tomarse el trabajo de leernos, a los que no encuentren cómo encasillarnos, los vamos a ayudar diciéndoles que basamos nuestro criterio en la variedad, en la multiplicidad y en la calidad. A los lectores sólo le decimos lo que debería decir cualquier editor con la conciencia limpia: léanos; la verdad está en lo que usted lea aquí.

Ninguna propaganda, sea en favor o en contra, los podrá convencer de lo contrario.

El diccionario del bitlo

Rodolfo Contín

- *Bitlar*: Acción de hacer Bitlos.
- *Bitlatra*: Adorador de los Bitlos.
- *Bitlejo*: Diminutivo de Bitlo, despectivo.
- *Bitleta*: Libreta en bits.
- *Bitleto*: Libreto en bits.
- *Bitletita*: Diminutivo de Bitleta. Bitleta pequeña.
- *Bitletito*: Bitleto pequeño. P.E. para un sketch de TV.
- *Bitlería*: Lugar donde se venden, entregan, promocionan, los Bitlos.
- *Bitleratura*: Arte que utiliza como instrumento la palabra en bits.
- *Bitleril*: Perteneciente al género del bitlo.
- *Bitlero, ra*: Encargado, da de atender una Bitlería
- *Bitlesco, ca*: Perteneciente o relativo al Bitlo.
- *Bitlia*: Biblia en bits.
- *Bitlín*: Diminutivo de Bitlo. Bitlo muy pequeño.
- *Bitlito*: Diminutivo de Bitlo, pequeño Bitlo.
- *Bitlo*: Libro en bits.
- *Bitlofilia*: Pasión excesiva por los Bitlos.
- *Bitlófilo, la*: Persona afectada de Bitlofilia.
- *Bitlofobia*: Enfermedad de los que no pueden soportar los Bitlos.
- *Bitlófobo, ba*: Persona enferma de Bitlofobia.
- *Bitlografía*: Descripción, conocimiento de los Bitlos, de sus ediciones, etc.
- *Bitlográfico, ca*: Perteneciente o relativo la Bitlografía.
- *Bitlología*: Ciencia que estudia los Bitlos.
- *Bitlólogo, ga*: Personas que se dedican al estudio de los Bitlos.
- *Bitlomancia*: Arte de la adivinación por medio de Bitlos.
- *Bitlomanía*: Pasión de tener muchos Bitlos raros o pertenecientes a un ramo, más por manía que por instruirse.
- *Bitlómano, na*: Persona afectada de Bitlomanía.
- *Bitlomante*: Persona especializada en Bitlomancia.
- *Bitlomántico, ca*: Persona que siente una atracción sentimental por los Bitlos.
- *Bitlón*: Aumentativo de Bitlo. Bitlo muy grande.
- *Bitlote*: Aumentativo de Bitlo. Bitlo de tamaño mayor del

normal.

- *Bitlotecnia*: Conjunto de las técnicas relacionadas con los Bitlos.
- *Bitlotécnico, ca*: Persona especializada en Bitlotecnia.
- *Bitloteca*: Lugar donde se agrupan, almacenan, exponen, los Bitlos.
- *Bitlotecario, ria*: Persona encargada del cuidado y atención de una Bitloteca.
- *Bitlotecología*: Ciencia que estudia los métodos a aplicar para la construcción, mantenimiento, organización, etc. de Bitlotecas.
- *Bitlotecomanía*: Pasión por visitar, recorrer, utilizar Bitlotecas.
- *Bitlotecólogo, ga*: Persona que aplica los conocimientos de la Bitlotecología.

Acuarela en gris

Leonardo Berlusconi

Los gatos ya no maúllan por aquí. Ni siquiera se escuchan los grillos. Sólo existe una especie de lluvia constante que produce un chisporroteo suave como una sartén de pochoclo. La lluvia no es de agua —algunas veces viene mezclada, pero eso es muy de vez en cuando, los días en que la tristeza se nos escapa por la boca y se evapora hasta las constantes nubes grises que nos cubren como una cúpula—, la lluvia es de ceniza. Una ceniza radioactiva que se nos pega a la piel, a los lentes, que cruje en la lengua y hace arder los ojos. Que aterriza suavemente en el suelo y va formando un colchón de polvo que ni mil siglos ni diez mil escobas podrían barrer.

Todos no miramos resignados y deambulados por las calles sin hablar, sin tocarnos. La dueña del quiosquito de enfrente (ahora una masa de escombros) arrastra su pierna izquierda y se apoya en un bastón invisible. Su cara crispada busca a su gata tuerta entre las piedras; lleva un chal raído, herencia de su abuela italiana que alguna vez amó a alguien; pero no fue eso lo que heredó, sino un gusto por la vida y una manía neurótica de no fiarle a nadie.

Más allá, el arquitecto del cuarto mira al cielo con su pelada y con las palmas hacia arriba, como calculando un temporal que empezó con dos dedos, cada uno en su respectivo botón, y que terminó con una ensalada de champignones con gusto a cementerio. Los lápices todavía le cuelgan del bolsillo de su camisa cuadriculada; esos lápices con los que hacía dibujos ingeniosos para su hija que vivía con su mujer y sólo lograba verla (a su hija) los domingos en la placita de enfrente, justo donde ahora hay un boquete del cual todavía sale humo.

El aire se mueve a mi lado y pasan las de la esquina, madre e hija tomadas del brazo, irguiendo el cuello y dejando una estela; la madre de reproches y recriminaciones, la hija de sumisiones mentirosas y despilfarros encubiertos. Cada una con su historia a cuestas, una reprimiendo los instintos, acusando a su difunto esposo de prematuro abandono y posteriores desgracias, ahuyentando los posibles candidatos para su hija (incluso a ese joven farmacéutico con un futuro prodigioso, repleto de mutuales),

la otra fingiendo respeto y siendo una chica trabajadora de día, ya que a la noche desencadenaba su sexo en formol y tenía las más alucinantes historias con su jefe de oficina y con distintos compañeros de escritorio, empachando a su madre con mentiras, mentiras, pero por sobre todas las cosas mintiéndose a sí misma.

La lluvia de vez en cuando amaina, para volver a caer más fuerte un rato después.

En lo que queda de cordón se sientan el albañil de al lado con su esposa y sus tres hijos. Sus pulóveres están apolillados ya desde antes que cayeran las bombas. El mira un punto infinito que coincide con el resto humeante del saucecito que salía de un cuadrado de tierra y era la delicia del perro que tenían los dos viejitos de la casa del pasillo y que murió dignamente entre ruedas de un camión basurero, justo después de despedirse de su arbolito. La esposa le limpia los mocos al menor, con esa inercia que tienen las mujeres como ella, que deben vivir a fuerza de limpiar pañales, lavar ropa y preparar comida, si la hay. El, como participando de su visión, que ahora está un poquito al costado del ex-sauce, le coloca su palma y aprieta dos veces como lo hacía siempre, con esa cuota táctil de esperanza que tienen los resignados.

Desde la otra esquina la veo venir a la hijita del portero arrastrando metafóricamente su muñeca con un hilo atado al cuello, cubiertas de ceniza las dos, y mirándose la mano repleta de eczemas, esa mano que se quebró al caerse del triciclo por las irresponsabilidades viales del pibito del primero, que sabía tanto de manejar bicicletas como ella de motores diesel; accidente que produjo un escándalo en toda la cuadra que llegó a proporciones insospechadas, llegándose a descubrir un amante, dos cheques sin fondo, y una insuficiencia cardíaca.

Cuando camino un poco más; un pedazo de vidrio roto me devuelve relampagueante una imagen mía, con las manos en los bolsillos, la barba de un par de semanas, y todos mis miedos, mis locuras y mis frustraciones colgando de mis hombros. Trato de no agitarme mucho porque pueden caérseme esas historias inconclusas con varias mujeres que nunca me devolvieron la pelota de ping-pong que yo les mandaba cargada de mis deseos y esperanzas, o mi pánico a la muerte sublimándolo con todo castigo corporal deportivo posible, o mis ganas de éxito, o mi sexo oxidado (¿o “mi sexo”?).

Los perros tampoco hacen ruido por acá. Sólo el constante sonido de la lluvia cenicienta y alguna que otra piedra que cae por desgaste. Ni siquiera nosotros molestamos. Nosotros que nos movemos de aquí para allá como almas en pena, que queremos

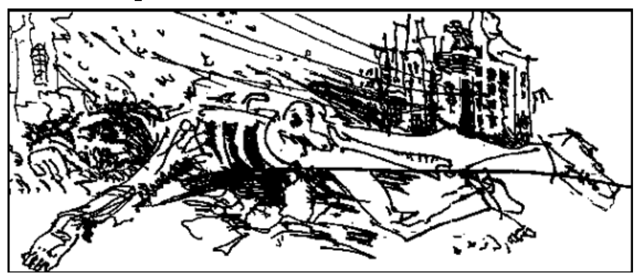
hablarnos pero las palabras se nos agolpan en la laringe y vuelven desilusionadas al diafragma, que nos miramos pero no nos tocamos.

Nosotros.

Que no proferimos el más mínimo sonido.

Seguro.

Como que estamos todos muertos.



"Muerte bajo la lluvia de cenizas", por Zorgo Janos

Los reyes de la arena

George R. R. Martin

Simon Kress vivía solo en una gran mansión situada entre montañas áridas y rocosas a cincuenta kilómetros de la ciudad. Y así, cuando tuvo que ausentarse inesperadamente por asuntos de negocios, no dispuso de vecinos de los que pudiera aprovecharse para dejarles al cuidado de sus animalitos. El halcón no era problema. Descansaba en el campanario inutilizado y, de todas formas, solía alimentarse por sus propios medios. En cuanto al shambler, Kress se limitó a echarlo fuera de la casa y dejar que se las arreglara como pudiera. El pequeño monstruo se alimentaría de babosas, pájaros y ratas. Pero la pecera, surtida de pirañas genuinas de la Tierra, planteó una dificultad. Finalmente arrojó una pierna de carnero al inmenso tanque. Las pirañas siempre podrían devorarse unas a otras si le retenían más tiempo del que esperaba. Ya lo habían hecho otras veces. Un detalle que le divertía.

Por desgracia, le retuvieron mucho más tiempo del que esperaba. Cuando regresó al fin, todos los peces habían muerto. Igual que el halcón. El shambler había trepado al campanario y se lo había comido. Kress se enfadó.

El día siguiente voló con su helicóptero hasta Asgard, un trayecto de unos doscientos kilómetros. Asgard era la ciudad más importante de Baldur y ostentaba también el puerto estelar de mayor antigüedad y extensión. A Kress le gustaba impresionar a sus amigos con animales que fueran raros, divertidos y caros. Asgard era el lugar apropiado para comprarlos.

En esta ocasión, sin embargo, tuvo escasa fortuna. Xenomascotas había cerrado sus puertas, t'Etherane trató de timarle con otro halcón y Aguas Extrañas no le ofreció nada más exótico que pirañas, tiburones luciérnagas y calamares araña. Kress ya había tenido de todo eso. Quería algo nuevo, algo que destacara.

Casi al anochecer se encontró recorriendo Rainbow Boulevard, buscando lugares que no hubiera frecuentado antes. Cerca del puerto estelar, la calle estaba llena de comercios de importadores. Los grandes bazares poseían escaparates impresionantemente largos en los que descansaban extraños y costosos artefactos sobre cojines de fieltro ante las oscuras cortinas

que hacían un misterio del interior de los comercios. Entre éstos se hallaban los puestos de chatarra: lugares estrechos y desagradables que ofrecían a la vista una confusión de curiosidades inidentificables. Kress probó en ambos tipos de lugares, con idéntico descontento.

Entonces llegó a un lugar que era distinto.

Se encontraba muy cerca del puerto. Kress no había estado allí con anterioridad. El local ocupaba un pequeño edificio de un solo piso situado entre un bar de euforia y un templo-burdel de la Hermandad Femenina Secreta. En esta zona, Rainbow Boulevard parecía vulgar. El mismo comercio era anormal. Llamativo.

La vidriera estaba llena de neblina, ora rojo pálida, ora gris, como la niebla auténtica, ora chispeante y dorada. La neblina formaba remolinos y resplandecía débilmente. Kress vislumbró objetos en la vidriera (máquinas, obras de arte, otras cosas que no reconoció) pero no pudo mirar en detalle uno solo de ellos. La neblina fluía sensualmente, rodeaba los objetos, mostraba un trozo de uno, luego de otro, finalmente ocultaba todos. Un hecho intrigante.

Mientras observaba, la neblina empezó a formar letras. Una palabra detrás de otra. Kress se quedó inmóvil y leyó.

WO y SHADE. IMPORTADORES. ARTEFACTOS. ARTE. FORMAS DE VIDA y VARIOS.

Las letras dejaron de formarse. Kress vio que algo se movía entre la niebla. Eso le bastó. Eso, y las FORMAS DE VIDA del anuncio. Se echó la capa hacia atrás y entró en la tienda.

En el interior, Kress se sintió desorientado. La sala parecía inmensa, mucho mayor de lo que él habría supuesto en base a la fachada relativamente modesta. El interior estaba tenuemente iluminado y reflejaba sosiego. El techo era un paisaje estelar, rematado por nebulosas en espiral, muy oscuro y realista, muy agradable. Todos los mostradores brillaban suavemente, para exhibir mejor las mercaderías que contenían. Los espacios entre ellos se encontraban alfombrados por una niebla baja que de vez en cuando llegaba casi a las rodillas de Kress y se arremolinaba en torno a sus pies mientras avanzaba.

—¿En qué puedo servirle?

La mujer pareció surgir de la niebla. Alta, delgada y pálida, vestía un práctico mono gris y una extraña gorrita que se apoyaba bastante detrás de la cabeza.

—¿Es usted Wo o Shade? —preguntó Kress—. ¿O sólo una

dependiente?

—Jala Wo, a su servicio —replicó ella—. Shade no atiende a los clientes. No tenemos dependiente.

—Su establecimiento es francamente grande —dijo Kress—. Me extraña no haber oído hablar de él antes de ahora.

—Acabamos de inaugurar este local en Baldur —dijo la mujer—. Pero disponemos de autorización de venta en otros planetas. ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Arte, quizá? Su aspecto es el de un coleccionista. Tenemos algunas excelentes tallas de cristal Nor T'alush.

—No —dijo Kress—. Ya tengo todas las tallas de cristal que deseo. Vengo a buscar un animal.

—¿Una forma de vida?

—Sí.

—¿Extraña?

—Por supuesto.

—Tenemos un imitador en existencia. Procede del Mundo de Celia. Un simio pequeño e inteligente. No sólo aprenderá a hablar, sino que imitará la voz de usted, sus inflexiones, gestos e incluso expresiones faciales.

—Encantador —dijo Kress—. Y vulgar. No me servirá de nada, Wo. Quiero algo exótico. Anormal. Y no encantador. Detesto los animales encantadores. De momento ya tengo un shambler importado de Cotho, en ningún sentido costoso. De vez en cuando lo alimento con algunos gatitos inútiles. Eso es lo que entiendo por encantador. ¿Me explico?

Wo sonrió enigmáticamente.

—¿Ha tenido alguna vez un animal que le adorara? —preguntó.

—Oh, alguna que otra vez. —Kress hizo una mueca—. Pero no me hace falta adoración, Wo. Sólo diversión.

—No me entiende —dijo Wo, todavía mostrando su extraña sonrisa—. Hablo de adorar literalmente.

—¿A qué se refiere?

—Creo que tengo lo que necesita. Sígame.

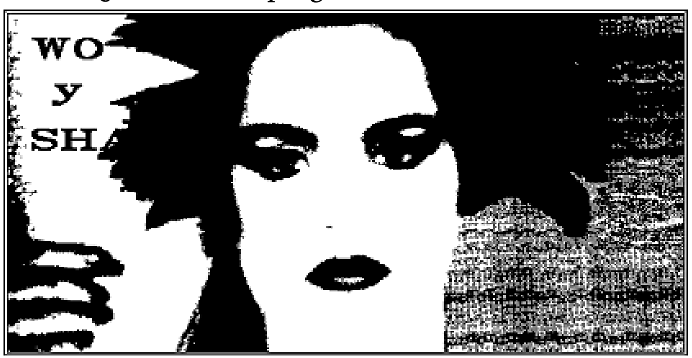
Wo le hizo pasar entre los radiantes mostradores y le condujo a lo largo de un largo pasillo cubierto de niebla bajo una falsa luz estelar. Cruzaron una pared de niebla para entrar en otra sección del local y se detuvieron frente a un gran tanque de

plástico. Un acuario, pensó Kress.

Wo le hizo una seña. Kress se acercó más y vio que estaba equivocado. Se trataba de un terrario. En su interior yacía un desierto en miniatura, un cuadrado de dos metros de lado. Arena descolorida teñida de escarlata por una empañada luz roja. Rocas: basalto, cuarzo y granito. En todas las esquinas del tanque se levantaba un castillo.

Kress parpadeó, atisbó y se corrigió: en realidad sólo había tres castillos en pie. El cuarto había caído, era una ruina desmoronada. Los otros tres eran toscos, pero seguían intactos; estaban tallados en piedra y arena. Diminutas criaturas trepaban y gateaban por sus almenas y redondeados pórticos. Kress apretó su rostro contra el plástico.

—¿Insectos? —preguntó.



"Jala Wo", por S. Mediante y FiPsi

—No —replicó Wo—. Una forma de vida mucho más compleja. Y también más inteligente. Mucho más sagaz que su shambler, muchísimo más. Los llaman los reyes de la arena.

—Insectos —dijo Kress, y se apartó del tanque—. No me importa cuán complejos sean. —Arrugó la frente—. Y, por favor, no trate de embaucarme con esta propaganda de inteligencia. Estos seres son demasiado pequeños para tener otra cosa que no sean cerebros muy rudimentarios.

—Comparten mentes-colmena —explicó Wo—. Mentes-castillo, en este caso. Solo hay tres organismos en el tanque, en realidad. El cuarto murió. Su castillo se cayó, ya lo ve.

Kress volvió a observar el tanque.

—¿Mentes-colmena, eh? Interesante. —Arrugó la frente de nuevo—. De todas maneras, sólo es un hormiguero de tamaño anormal. Había esperado algo mejor.

—Guerrean entre ellos.

—¿Guerras? Hmmm. —Kress volvió a mirar.

—Fíjese en los colores, por favor —indicó Wo.

La mujer señaló las criaturas que bullían en torno al castillo más cercano. Una de ellas estaba rascando la pared del tanque. Kress la examinó. A sus ojos, seguía teniendo el aspecto de un insecto. Apenas tan larga como una uña, con seis patas y seis ojos diminutos dispuestos en torno a su cuerpo. Un desagradable juego de mandíbulas se abría y cerraba visiblemente, mientras dos largas y delicadas antenas trazaban figuras en el aire. Antenas, mandíbulas, ojos y patas estaban ennegrecidos, pero el color dominante era el naranja encendido de su blindaje.

—Es un insecto —repitió Kress.

—No es un insecto —insistió Wo sin alterarse—. El dermatoesqueleto acorazado muda cuando el rey de la arena aumenta de tamaño. En un tanque de este tamaño no lo hará. —Wo tomó a Kress del brazo y lo llevó hasta el siguiente castillo—. Fíjese en los colores ahora.

Así lo hizo. Eran distintos. Los reyes de la arena tenían aquí un caparazón rojo brillante. Antenas, mandíbulas, ojos y patas eran amarillos. Kress miró al otro lado del tanque. Los habitantes del tercer castillo eran blancuzcos, con bordes rojos.

—Hmmm —dijo Kress.

—Guerrean entre ellos, tal como dije —explicó Wo—. Incluso conciertan treguas y alianzas. El cuarto castillo de este tanque fue destruido como resultado de una alianza. Los negros estaban haciéndose demasiado numerosos, así que los otros unieron sus fuerzas para acabar con ellos.

Kress siguió sin estar muy convencido.

—Divertido, es indudable. Pero también los insectos luchan entre ellos.

—Los insectos no adoran.

—¿Eh?

Wo sonrió y señaló el castillo. Kress lo miró fijamente. Un rostro había sido esculpido en el muro de la torre más elevada. Lo reconoció. Era el de Jala Wo.

—¿Cómo puede ser que…?

—Proyecté un holograma de mi rostro en el tanque y lo dejé durante algunos días. El rostro de dios, ¿comprende? Yo les doy de comer, siempre estoy cerca. Los reyes de la arena poseen un rudimentario sentido psiónico. Telepatía de proximidad. Me

perciben y me adoran, usan mi cara para decorar sus edificios. Fíjese, está en todos los castillos.

Así era. En el castillo, el semblante de Jala Wo estaba sereno, sosegado y era muy vívido. Kress se maravilló ante aquella muestra de destreza.

—¿Cómo lo hacen?

—Las patas delanteras se doblan como si fueran brazos. Incluso tienen una especie de dedos, tres zarcillos pequeños y flexibles. Y cooperan perfectamente, tanto en la construcción como en la batalla. Recuérdelo, todos los seres de un mismo color comparten una sola mente.

—Explíqueme más cosas —pidió Kress.

Wo sonrió.

—El vientre habita en el castillo. Vientre es el nombre que yo he elegido… Un juego de palabras, más bien. Ese ser es madre y estómago al mismo tiempo. Hembra, grande con su puño, inmóvil. En realidad, rey de la arena es un nombre algo inadecuado. Las criaturas móviles son campesinos y guerreros. El gobernante real es una reina. Pero esta analogía tampoco es correcta. Un castillo, considerado como un todo, es una sola criatura hermafrodita.

—¿Qué comen?

—Los seres móviles comen una especie de papilla, alimento previamente digerido que obtienen en el interior del castillo. Lo consiguen del vientre después de que esta criatura lo haya elaborado durante varios días. Sus estómagos no soportan otra cosa. Si el vientre muere, ellos no tardan mucho en hacer lo propio. El vientre… el vientre come de todo. No le representará gasto extra alguno. Restos de comida servirán perfectamente.

—¿Alimento vivo? —preguntó Kress.

Wo hizo un gesto de indiferencia.

—Todos los vientres comen seres móviles de los otros castillos, sí.

—Estoy intrigado —admitió Kress—. Si tan sólo no fueran tan pequeños…

—Los suyos pueden ser mayores. Estos reyes de la arena son pequeños porque el tanque es pequeño. Al parecer, limitan su crecimiento para amoldarse al espacio disponible. Si los cambiara a un tanque de mayor tamaño, seguirían creciendo.

—Hmmm. Mi tanque de pirañas es dos veces mayor que este y está vacío. Podría limpiarlo, llenarlo de arena…

—Wo y Shade se encargarían de la instalación. Será un placer hacerlo.

—Por supuesto —dijo Kress—. Espero que me venderán cuatro castillos intactos.

—Naturalmente.

Empezaron a discutir el precio.

Tres días más tarde, Jala Wo se presentó en la mansión de Kress con un lote de reyes de la arena en estado de latencia y los operarios que se encargarían de la instalación. Los ayudantes de Wo eran un tipo de extranjeros con el que Kress no estaba familiarizado: bípedos regordetes de amplia cintura, cuatro brazos y ojos saltones y multifacetados. Su piel era gruesa, correosa, retorcida hasta formar cuernos, espinas y prominencias en raros lugares del cuerpo. Pero eran muy fuertes y excelentes trabajadores. Wo les dio órdenes en una lengua musical que Kress desconocía.

Acabaron el mismo día. Trasladaron el tanque de pirañas al centro de la espaciosa salita, dispusieron sofás a ambos lados para permitir una mejor visión, limpiaron el depósito y lo llenaron de arena y piedras en sus dos terceras partes. Luego instalaron un sistema especial de iluminación que daba la tenue luz roja preferida por los reyes de la arena y permitía la proyección de imágenes holográficas en el interior del tanque. En la parte superior montaron una sólida cubierta de plástico equipada con un dispositivo de alimentación.

—De esta forma —explicó Wo—, usted podrá alimentar a sus reyes de la arena sin sacar la cubierta del tanque, ya que no va a correr el riesgo de que los seres móviles escapen.

La cubierta también incluía mecanismos para controlar el clima, para condensar la cantidad exacta de humedad del aire.

—El ambiente ha de ser seco, pero no demasiado —dijo Wo.

Finalmente, uno de los operarios de cuatro brazos entró al tanque y excavó profundos agujeros en las cuatro esquinas. Unos de sus compañeros le entregó los vientres aletargados, sacándolos uno por uno de sus embalajes criónicos.

No parecían gran cosa. Kress pensó que sólo podía compararlos a trozos de carne cruda moteada y medio podrida. Todos tenían una boca.

El operario los enterró, uno en cada rincón del tanque. A

continuación, el equipo de instalación cerró el equipo y se despidió.

—El calor hará que los vientres se despierten —dijo Wo—. En menos de una semana los seres móviles habrán nacido y empezarán a salir a la superficie. Asegúrese de darles mucha comida. Necesitarán toda su fuerza hasta que se hallen bien establecidos. Supongo que usted tendrá los castillos erigidos en, aproximadamente, tres semanas.

—¿Y mi rostro? ¿Cuándo esculpirán mi rostro?

—Proyecte su holograma una vez que haya transcurrido un mes —le aconsejó Wo—. Y tenga paciencia. Si tiene dudas, llámenos, por favor. Wo y Shade están a su servicio.

Wo saludó con una inclinación de cabeza y se fue.

Kress volvió junto al tanque y encendió un cigarrillo de marihuana. Impaciente, tamborileó con sus dedos en el plástico y arrugó la frente.

El cuarto día Kress creyó vislumbrar movimiento bajo la arena. Sutiles agitaciones subterráneas.

El quinto día vio a su primer móvil, un blanco solitario.

El sexto día contó una docena de ellos, blancos, rojos y negros.

Los anaranjados se retrasaban. Kress introdujo una taza de restos de comida medio estropeada. Los móviles la percibieron al instante, se precipitaron hacia ella y comenzaron a arrastrar trozos hacia sus respectivas esquinas. Todos los grupos de color mostraron una elevada organización. No pelearon. Kress se desilusionó un poco, pero decidió darles tiempo.

Los anaranjados aparecieron al octavo día. Por entonces los demás reyes de la arena habían empezado a transportar piedritas y erigir toscas fortificaciones. Siguieron sin pelear. De momento tenían la mitad del tamaño de los que había visto en Wo y Shade, pero Kress pensó que estaban creciendo con gran rapidez.

Los castillos adquirieron altura a mitad de la segunda semana. Organizados batallones de móviles tiraban de gruesos trozos de arenisca y granito hasta sus esquinas, donde otros móviles ponían la arena en su lugar ayudándose de mandíbulas y zarcillos. Kress había adquirido unos anteojos, por lo que pudo observar el trabajo de las criaturas en cualquier parte del tanque que se encontraran. Circundó una y otra vez las elevadas paredes

de plástico, sin dejar de observar. Era fascinante.

Los castillos resultaban algo más simple de los que le habría gustado, pero Kress tuvo una idea. Al día siguiente introdujo obsidiana y fragmentos de vidrios de colores junto con la comida. Los materiales fueron incorporados a los muros del castillo en pocas horas.

El castillo negro fue el primero que estuvo terminado, seguido por las fortalezas blanca y roja. Los anaranjados fueron los últimos, como siempre. Kress hizo todas sus comidas en la salita, sentado en el sofá para poder observar. Esperaba que la primera guerra estallara de un momento a otro.

Fue decepcionándose. Pasaron los días, los castillos fueron aumentando en altura y tamaño y Kress raras veces abandonaba el tanque, a no ser para atender sus necesidades sanitarias y responder llamadas importantes relacionadas con su negocio. Pero los reyes de la arena no guerreaban. Estaba empezando a intranquilizarse.

Finalmente dejó de alimentarlos.

Dos días después de que los restos de comida hubieran cesado de caer de su cielo, cuatro móviles negros rodearon a otro anaranjado y lo arrastraron hacia su vientre. Primero lo mutilaron, rompiendo sus mandíbulas, antenas y patas, y luego lo condujeron a través de la oscura puerta de su castillo en miniatura. La criatura no volvió a salir. Al cabo de una hora, más de cuarenta móviles anaranjados marcharon sobre la arena y atacaron el rincón de los negros. Fueron superados numéricamente por los negros, que se apresuraron a surgir de las profundidades. Al acabar la lucha, los atacantes habían sido masacrados. Los muertos y heridos fueron introducidos en el castillo para alimentar el vientre negro.

Kress, satisfecho, se felicitó por su genio.

Al día siguiente, cuando puso la comida en el tanque, estalló una batalla múltiple por la posesión del alimento. Los blancos fueron los grandes vencedores.

Después de eso, se sucedieron las batallas.

Casi un mes después del día en que Jala Wo había entregado los reyes de la arena, Kress conectó el proyector holográfico y su semblante se materializó en el tanque. La imagen fue girando, poco a poco, de modo que fuera visible por igual desde los cuatro castillos. Kress pensó que el parecido era excelente. La proyección

tenía la sonrisa de picardía, amplia boca y abultados carrillos de Kress. Sus ojos azules centelleaban, su cabello cano estaba cuidadosamente arreglado, sus cejas eran finas y sofisticadas.

Los reyes de la arena emprendieron el trabajo muy pronto. Kress los alimentó en abundancia mientras su imagen fulguraba sobre las criaturas en el cielo. Las batallas cesaron de forma temporal. Toda la actividad se centró en la adoración.

El rostro de Kress apareció en los muros de los castillos.

Al principio todas las tallas le parecieron semejantes, pero conforme fue prosiguiendo el trabajo y Kress estudió las reproducciones, empezó a detectar diferencias sutiles en la técnica y en la ejecución. Los rojos eran los más creativos; usaban diminutos fragmentos de esquisto para el gris del cabello. El ídolo de los blancos le pareció joven y malévolo, en tanto que el rostro moldeado por los negros —aunque prácticamente idéntico, rasgo a rasgo— le sorprendió por la sabiduría y benevolencia que reflejaba. Los reyes de la arena anaranjados, como era su costumbre, fueron los últimos y los peores. La guerra no había ido bien para ellos y su castillo era un desastre en comparación con los demás. La imagen que tallaron fue tosca y caricaturesca y dieron la impresión de que pretendían dejarla así. Cuando terminaron de elaborar la cara, Kress se enfadó bastante con ellos, pero en realidad no podía hacer nada.

En cuanto todos los reyes de la arena acabaron sus rostros de Kress, éste desconectó el proyector y decidió que era el momento adecuado para dar una fiesta. Sus amigos iban a quedar impresionados. Incluso podría ofrecerles una batalla, pensó. Canturreando con felicidad, Kress inició la elaboración de una lista de invitados.

La fiesta constituyó un éxito tremendo.

Kress invitó a treinta personas: un puñado de buenos amigos que compartían sus diversiones, algunas antiguas amantes y una serie de rivales de negocios y sociales que no podían permitirse el lujo de las invitaciones de Kress. Sabía que algunos de ellos quedarían desconcertados, e incluso se ofenderían, al ver los reyes de la arena. Kress contaba con ello. Acostumbrada a considerar sus fiestas como un fracaso al menos que un invitado, como mínimo, se marchara de ellas más que enojado.

Un impulso le llevó a añadir el nombre de Jala Wo a la lista.

“Venga con Shade, si lo desea”, añadió mientras dictaba la invitación de la vendedora.

La aceptación de Wo sólo le sorprendió un poco. “Shade, por desgracia, no podrá asistir. El no acude a actos sociales. Por lo que a mí respecta, espero con interés la oportunidad de comprobar que tal van sus reyes de la arena.”

Kress ordenó preparar una comida suntuosa. Y por fin, cuando la conversación languideció y la mayoría de los huéspedes mostraron el atontamiento de los cigarrillos de marihuana y el vino, Kress asombró a todo el mundo encargándose él mismo de recoger en una taza los restos de la comida.

—Venid, venid todos —ordenó—. Quiero presentaros a mis animalitos más recientes.

Con la taza en la mano, les condujo a la salita.

Los reyes de la arena satisfacieron los deseos más caros de Kress. Los había dejado sin comer durante dos días como preparación, y las criaturas se encontraban de un talante pendenciero. Mientras los invitados rodeaban el tanque, mirando por los anteojos que Kress había ofrecido a propósito, los reyes de la arena disputaron una gloriosa batalla por la posesión del alimento. Kress contó cerca de setenta móviles muertos cuando acabó la lucha. Los rojos y blancos, que recientemente se habían aliado, se llevaron la mayor parte de la comida.

—Kress, eres repugnante —manifestó Cath m’Lane. Había vivido con Kress durante un breve período, dos años antes, hasta que su empalagoso sentimentalismo estuvo a punto de volverle loco—. Fui una tonta al volver aquí. Pensé que a lo mejor habías cambiado y deseabas disculparte. —Cath nunca le había perdonado que el shambler hubiera devorado un perrito excesivamente encantador del que ella se enorgullecía—. Jamás vuelvas a invitarme, Simon.

Cath se fue rápidamente, acompañada de su amante del momento, entre un coro de risas.

El resto de los invitados tenían infinidad de preguntas que formular.

—¿De dónde has sacado los reyes de la arena? —quisieron saber.

—De Wo y Shade, importadores —replicó, con un gesto cortés hacia Jala Wo, que había permanecido silenciosa y apartada durante la mayor parte de la tarde.

—¿Por qué decoran sus castillos con tus efigies?

—Porque soy la fuente de todas las cosas buenas. Ya deberías saberlo. —Esta réplica arrancó una serie de risitas.

—¿Pelearán de nuevo?

—Sí, claro, pero no esta noche. No os preocupéis. Habrá otras fiestas.

Jad Rakkis, xenólogo aficionado, se puso a hablar de otros insectos sociales y las batallas que disputaban.

—Estos reyes de la arena son divertidos, pero nada del otro mundo, a decir verdad. Deberías leer algo sobre las hormigas soldados terrestres, por ejemplo.

—Los reyes de la arena no son insectos —precisó Jala Wo, pero Jad estaba ensimismado y borracho y nadie prestó la más ligera atención a Wo. Kress sonrió a la mujer y se alzó de hombros.

Malada Blane sugirió que se apostara en la próxima ocasión que se reunieran para presenciar una batalla, y todo el mundo se mostró atraído por la idea. Se produjo una animada discusión sobre las reglas y las apuestas. El debate duró una hora. Finalmente los invitados empezaron a despedirse.

Jala Wo fue la última en marcharse.

—Bien —le dijo Kress cuando se quedaron a solas—, parece que mis reyes de la arena son un éxito.

—Se están portando bien —dijo Wo—. Ya son más grandes que los míos.

—Sí, con la única excepción de los anaranjados.

—Lo he notado —replicó Wo—. Parecen ser menos numerosos y su castillo es muy pobre.

—Bueno, alguien debe perder. Los anaranjados fueron los últimos en aparecer y establecerse. Han sufrido las consecuencias.

—Perdone la pregunta, pero ¿alimenta lo bastante a sus reyes de la arena?

—Están a dieta de vez en cuando —contestó Kress con tono de indiferencia—. Esto los hace más feroces.

—No hay necesidad de hacerles pasar hambre —contestó gravemente Wo—. Déjelos pelear cuando quieran, por sus propios motivos. Estas criaturas son así y usted presenciará conflictos que le resultarán deliciosamente sutiles y complejos. Una guerra permanente motivada por el hambre carece de arte y es degradante.

Kress devolvió sobradamente la mirada ceñuda de Wo.

—Está usted en mi casa, Wo, y aquí soy yo el que juzga lo que es degradante. Alimenté a los reyes de la arena tal como usted me aconsejó y no pelearon entre ellos.

—Debe tener paciencia.

—No. Al fin y al cabo, soy su amo y su dios. ¿Por qué debía aguardar sus impulsos? No guerreaban lo bastante a menudo para complacerme. He corregido la situación.

—Comprendo. Discutiré el problema con Shade.

—Este problema no les incumbe, ni a usted ni a él —contestó bruscamente Kress.

—En tal caso, debo darle las buenas noches —se resignó Wo. Pero mientras se ponía el abrigo para marcharse, la mujer clavó en él una mirada final y desaprobadora—. Vigile sus rostros, Simon Kress. Vigile sus rostros.

Y se marchó.

Confundido, Kress volvió junto al tanque y contempló los castillos. Las caras de Kress seguían allí, como siempre. Sólo que… Se apresuró a coger los anteojos y examinar las tallas. Estudió las caras con detenimiento. Incluso entonces, pese a toda la claridad de la visión, resultó difícil definirse. Pero tuvo la impresión de que la expresión de los rostros había cambiado ligeramente, que su sonrisa tenía un cierto retorcimiento, de manera que parecía algo maliciosa. Mas se trataba de un cambio muy sutil… si es que podía hablarse de cambio. Finalmente Kress atribuyó el hecho a su sugestibilidad y tomó la decisión de no volver a invitar a Jala Wo a una de sus reuniones.

En los meses siguientes Kress y una docena de sus amigos favoritos se reunieron semanalmente para lo que a él le gustaba denominar sus “juegos bélicos”. Pasada ya su fascinación inicial por los reyes de la arena, Kress dedicaba menos tiempo al tanque y más a sus negocios y vida social, pero todavía disfrutaba recibiendo a unos cuantos amigos para presenciar algunas batallas. Siempre mantenía a los combatientes al borde del hambre. Eso tuvo efectos graves en los reyes de la arena anaranjados, que menguaron visiblemente hasta que Kress comenzó a preguntarse si el vientre de aquellas criaturas habría muerto. Pero el resto de reyes de la arena medraba perfectamente.

A veces, cuando no podía dormir por la noche, Kress se llevaba un botella de vino a la salita, donde el resplandor rojizo

del desierto en miniatura proporcionaba la única iluminación. Bebía y observaba durante horas enteras, solo. Normalmente se producía una lucha en algún lugar del tanque; en caso contrario, Kress la iniciaba con gran facilidad dejando caer en el tanque una pequeña porción de comida.

Los compañeros de Kress empezaron a hacer apuestas en las batallas semanales, tal como Malade Blane había sugerido. Kress ganó bastante apostando por los blancos, que se habían convertido en la colonia más poderosa y numerosa del tanque y que poseían el mayor castillo. Una semana abrió un poco la tapa y dejo caer la comida cerca del castillo blanco en lugar de hacerlo en el campo central de batalla, como era lo acostumbrado. De esta manera los demás tuvieron que atacar a los blancos en su fortaleza para conseguir algo de comida. Lo intentaron. Los blancos se mostraron brillantes en su defensa. Kress ganó cien unidades estándar de Jad Rakkis.

Rakkis, de hecho, perdía grandes cantidades semanales con los reyes de la arena. Pretendía tener un vasto conocimiento de las criaturas y sus hábitos, afirmando que los había estudiado después de la primera fiesta, pero no tenía suerte cuando llegaba el momento de apostar. Kress sospechaba que las afirmaciones de Jad eran simple fanfarronería. El mismo había tratado de estudiar un poco a los reyes de la arena, en un momento de ocio y curiosidad, recurriendo a la biblioteca para averiguar de qué mundo eran originarios sus animalitos. Pero en la biblioteca no había referencia alguna a los reyes de la arena. Kress pensó en ponerse en contacto con Wo y pedirle información al respecto, pero tenía otras preocupaciones y el asunto acabó olvidado.

Por fin, después de un mes en que sus pérdidas totalizaron más de mil unidades estándar, Rakkis se presentó a los juegos bélicos. Traía bajo el brazo una pequeña caja de plástico. Dentro de ella había un animal parecido a una araña y cubierto de finos pelos dorados.

—Una araña de la arena —anunció Rakkis—. De Cathaday. La compré esta tarde en t’Etherane, el vendedor. Suelen arrancarles las bolsas de veneno, pero la de esta araña se halla intacta. ¿Estás dispuesto a jugar, Simon? Quiero recuperar mi dinero. Apostaré mil unidades estándar. La araña contra los reyes.

Kress estudió la araña en su prisión de plástico. Sus reyes de la arena habían crecido, eran el doble de grandes que los de Wo, tal como la mujer había predicho, pero seguían siendo enanos comparados con aquel animal. La araña poseía veneno, los reyes no. Con todo, los reyes eran muchísimos. Además, las

interminables batallas habían llegado a aburrirle. La novedad del combate intrigó a Kress.

—Hecho —dijo Kress—. Jad, eres un imbécil. Los reyes de la arena no pararán hasta que ese animal asqueroso haya muerto.

—Tú eres el imbécil, Simon —replicó Rakkis, sonriendo a continuación—. La araña de la arena de Cathaday suele alimentarse de bichos que se ocultan en rincones y grietas y… bueno, ya lo verás. Se irá derecho a los castillos y devorará los vientres.

Kress se puso muy serio en medio de la risa general. No había contado con eso.

—Adelante —dijo con irritación, y fue a llenar su vaso.

La araña era demasiado grande para introducirla convenientemente por la cámara de alimentos. Otros dos invitados ayudaron a Rakkis a correr un poco la tapa del tanque y Malade Blane le pasó la caja. Rakkis soltó la araña, que cayó suavemente en una duna en miniatura frente al castillo rojo y permaneció confundida por un instante, moviendo la boca y retorciendo las patas de forma amenazadora.

—Venid aquí —apremió Rakkis.

Todos se congregaron en torno al tanque. Kress cogió los anteojos y miró a su través. Si iba a perder mil unidades estándar, al menos tendría una visión perfecta de la acción.

Los reyes habían visto al intruso. Cesó toda actividad en el castillo rojo. Los pequeños móviles escarlata se quedaron inmóviles, vigilantes.

La araña avanzó hacia la oscura promesa de la puerta. Por encima de la torre, el semblante de Simon Kress permaneció impasible.

Se produjo una actividad repentina. Los móviles rojos más cercanos formaron dos núcleos y se precipitaron por la arena hacia la araña. Más guerreros surgieron de las entrañas del castillo y se reunieron en una línea triple para guardar la entrada de la cámara subterránea donde moraba el vientre. Móviles rojos exploradores corrieron por las dunas para incorporarse a la lucha.

La batalla iba a empezar.

Los reyes atacantes se echaron en masa sobre la araña. Las mandíbulas se aferraron en patas y abdomen del intruso. Otros móviles corrieron hasta las doradas patas traseras de la araña, mordiéndolas y desgarrándolas. Uno de ellos encontró un ojo y tiró del órgano con sus diminutos zarcillos amarillos, hasta dejarlo

colgando. Kress sonrió y señaló el lugar exacto.

Pero los móviles eran pequeños y carecían de veneno, y la araña no se detenía. Sus patas arrojaban reyes a un lado y a otro. Sus fauces rezumantes se toparon con otros rojos, a los que dejaron destrozados y rígidos. Ya había muerto una docena de móviles. La araña siguió avanzando con resolución hacia la triple línea de guardianes situada ante el castillo. Estos la rodearon y cubrieron, lanzados a una batalla desesperada. Un grupo de reyes de la arena había arrancado a mordiscos una de las patas de la araña. Los defensores saltaron desde las torres para caer sobre la masa de carne que se agitaba y retorcía.

Perdida debajo de los reyes, la araña entró tambaleándose en el oscuro agujero y desapareció.

Rakkis emitió un largo suspiro. Estaba pálido.

—Maravilloso —dijo alguien. Malada Blane soltó una risita gutural.

—Mirad —dijo Idi Noreddian, al tiempo que tiraba del brazo de Kress.

Habían estado tan concentrados en la batalla que ninguno de ellos advirtió la actividad desplegada en otras partes del tanque. Pero ahora que el castillo rojo había vuelto a la calma y la arena se hallaba vacía, a excepción de los móviles rojos muertos, observaron el detalle.

Tres ejércitos estaban formados ante el castillo rojo. Todos sus componentes permanecían inmóviles, en perfecta formación, línea tras línea de reyes de la arena anaranjados, blancos y negros… esperando a ver qué emergía de las profundidades.

Kress sonrió.

—Un *cordon sanitaire* —comentó—. Y por favor, Jad, echa un vistazo a los otros castillos.

Rakkis obedeció y no pudo menos que maldecir. Grupos de móviles estaban bloqueando las puertas con arena y piedras. Si la araña lograba sobrevivir a este encuentro, no encontraría fácil acceso a los otros castillos.

—Debí haber comprado cuatro arañas —dijo Rakkis—. De todas formas, he ganado. Mi araña está ahí abajo en estos momentos, comiéndose a tu maldito vientre.

Kress no contestó. Aguardó. Hubo movimientos en las sombras.

Móviles rojos empezaron a salir por la puerta

repentinamente. Ocuparon sus posiciones en el castillo e iniciaron la reparación de los desperfectos causados por la araña. Los otros ejércitos se disolvieron y emprendieron el regreso a sus respectivas esquinas.

—Jad —dijo Kress—, creo que estás algo confundido respecto a quién se ha comido a quién.

La semana siguiente Rakkis trajo cuatro delgadas serpientes plateadas. Los reyes de la arena acabaron con ellas sin demasiados problemas. A continuación, Rakkis probó con un mirlo. El pájaro se comió más de treinta móviles blancos y sus sacudidas y tropezones destruyeron prácticamente el castillo de aquel color, pero en último término sus alas se fatigaron y los reyes lo atacaron en gran número en cualquier lugar donde se posaba.

Después de esta intentona hubo otra con insectos, escarabajos acorazados no muy distintos a los reyes. Pero estúpidos, muy estúpidos. Una fuerza aliada de anaranjados y negros rompió la formación de los insectos, los dividió y masacró.

Rakkis empezó a dar a Kress diversos pagarés.

Fue por entonces cuando Kress volvió a encontrarse con Cath m'Lane, una noche en que él se hallaba cenando en su restaurante favorito de Asgard. Kress se detuvo brevemente ante la mesa de la mujer y le habló de los juegos bélicos, invitándola a participar. Cath se ruborizó. Después recuperó el dominio de sí misma y se mostró glacial.

—Alguien tiene que detenerte, Simon. Supongo que tendré que ser yo —dijo.

Kress contestó con un gesto de indiferencia, disfrutó de una comida excelente y no pensó más en la amenaza de Cath.

Hasta una semana más tarde, cuando se presentó en su casa una mujer menuda y de aire resuelto que le enseñó su identificación policial.

—Hemos recibido quejas —expuso la mujer—. ¿Tiene un tanque lleno de insectos peligrosos, Kress?

—No son insectos —replicó él, furioso—. Venga, se lo demostraré.

Tras haber visto a los reyes de la arena, la mujer policía agitó su cabeza.

—Esto no es satisfactorio. Además ¿qué sabe usted de estas criaturas? ¿Sabe de qué mundo proceden? ¿Han sido autorizadas por el Departamento Ecológico? ¿Tiene licencia para poseerlas? Según un informe que tenemos, son carnívoras y peligrosas.

También sabemos que son semiconscientes. En fin, ¿dónde consiguió estas criaturas?

—En Wo y Shade —replicó Kress.

—Jamás he oído hablar de ellos. Probablemente metieron esto de contrabando, sabedores de que nuestros ecólogos jamás darían su aprobación. No, Kress, esto no es satisfactorio. Voy a confiscar el tanque y me ocuparé de que lo destruyan. Y usted recibirá algunas multas.

Kress ofreció cien unidades estándar a cambio de que la mujer se olvidara de él y sus reyes de la arena.

—Ahora deberé añadir intento de soborno a los cargos en su contra —fue la respuesta.

No mostró deseos de dejarse persuadir hasta que Kress elevó la oferta a dos mil unidades estándar.

—No va a ser fácil, compréndalo —dijo ella—. Hay que alterar impresos, hacer desaparecer papeles de los archivos… Y obtener una licencia falsificada de los ecólogos sería perder tiempo. Sin mencionar los problemas con la demandante. ¿Y si ella vuelve a llamar?

—Yo me encargaré de ella —dijo Kress—. Yo me encargaré de ella.

Estuvo pensando un rato. Aquella noche hizo algunas llamadas.

Primero, a t'Etherane, el vendedor de animales.

—Quiero comprar un perro —dijo—. Un cachorro.

La redondeada cara del comerciante le contempló con incredulidad.

—¿Un cachorro? Ese no es su estilo, Simon. ¿Por qué no viene a verme? Tengo mucho que ofrecerle.

—Deseo un tipo muy específico de cachorro —dijo Kress—. Apunte. Voy a describirle cómo debe ser.

Después llamó a Idi Noreddian.

—Idi, quiero que vengas aquí esta noche con tu equipo holográfico. Tengo la idea de grabar una batalla de los reyes de la arena. Un presente para uno de mis amigos.

La noche siguiente a la realización de la grabación, Kress

permaneció levantado hasta muy tarde. Absorbió un controvertido nuevo drama en su sensorio, se preparó un modesto refrigerio, fumó un par de cigarrillos de marihuana y descorchó una botella de vino. Sintiéndose muy contento de sí mismo, entró en la salita con el vaso en la mano.

La luz estaba apagada. El resplandor rojizo del terrario hacía que las sombras parecieran inquietas y febriles. Kress se acercó a examinar su dominio, sintiendo curiosidad por saber cómo se las arreglarían los negros para reparar su castillo. El perrito lo había dejado en ruinas.

La restauración iba bien. Pero mientras Kress inspeccionaba el trabajo con sus anteojos, topó por casualidad con el rostro tallado en el muro del castillo de arena. La visión le sorprendió.

Se echó hacia atrás, parpadeó, tomó un saludable trago de vino y volvió a mirar.

La cara del muro seguía siendo la suya. Pero estaba equivocada, completamente retorcida. Sus mejillas estaban hinchadas como si se tratase de un cerdo. Su sonrisa era la propia de una deshonesta mirada de reojo. Su aspecto era imposiblemente malévolo.

Intranquilo, rodeó el tanque para inspeccionar los demás castillos. Las imágenes eran algo distintas, pero en último término no había grandes diferencias.

Los anaranjados no se habían detenido demasiado en detalles, pero el resultado seguía pareciendo monstruoso, grosero. Una boca brutal y unos ojos estúpidos.

Los rojos le habían dado una especie de sonrisa satánica y crispada. Las comisuras de sus labios adoptaban formas extrañas y desagradables.

Los blancos, sus favoritos, habían tallado un dios cruel e idiota.

Kress, colérico, arrojó el vino al suelo.

—Vosotros lo habéis querido —dijo entre dientes—. Ahora estaréis una semana sin comer, asquerosos… —Su voz se convirtió en un chillido—. Os arrepentiréis.

Tuvo una idea. Salió corriendo de la habitación y regresó un momento después con una antigua espada de acero en sus manos.



“Modelando el rostro de dios”, por FiPsi

El arma medía un metro de largo y la punta conservaba su filo.

Kress sonrió, se subió en el sofá y abrió la tapa del tanque, lo justo para poder meter la mano, dejando al descubierto un rincón del desierto. Se inclinó y hundió la espada en el castillo blanco que estaba bajo él. La movió de un lado al otro, destrozando torres, baluartes y muros. La arena y la piedra se vinieron abajo, enterrando a los confundidos móviles. Un ligero golpe de su muñeca eliminó los rasgos de la insolente e insultante caricatura en que los reyes de la arena habían convertido su rostro. A continuación mantuvo en equilibrio la punta de la espada sobre el agujero oscuro que llevaba a la cámara del vientre. Clavó el arma con toda su fuerza, encontrando cierta resistencia. Escuchó un sonido tenue como de chapoteo. Todos los móviles se estremecieron y desplomaron. Satisfecho, sacó la espada.

Observó por un instante, preguntándose si habría matado al vientre. La punta de la espada estaba húmeda, viscosa. Pero finalmente los reyes blancos empezaron a moverse de nuevo. Débil, lentamente, pero se movían.

Iba a poner la tapa en su lugar y acercarse a otro castillo cuando sintió que algo se arrastraba por su mano.

Gritó, soltó la espada, y de un manotazo apartó de su carne al rey de la arena. La criatura cayó en la alfombra y Kress la aplastó con el tacón, machacándola mucho tiempo después de que hubiera muerto. Había crujido al pisarla. Después de eso, sus manos temblorosas cerraron el tanque. Se apresuró a ducharse y examinarse con todo cuidado. Metió su ropa en agua hirviente.

Más tarde, tras beber varios vasos de vino, volvió a la salita. Se sentía algo avergonzado por el modo en que el rey de la arena lo había aterrorizado. Pero no estaba dispuesto a abrir el tanque de nuevo. A partir de aquel momento, la tapa permanecería cerrada de forma permanente. Y sin embargo, debía castigar a los demás.

Decidió lubricar sus procesos mentales con otro vaso de

vino. Mientras lo apuraba, tuvo una inspiración. Se acercó al tanque y efectuó algunos ajustes en los controles de humedad.

Cuando se quedó dormido en el sofá, el vaso de vino todavía en la mano, los castillos de arena estaban fundiéndose bajo la lluvia.

Violentos golpes en la puerta despertaron a Kress.

Se levantó, mareado y sintiendo palpitaciones en la cabeza. Las borracheras de vino siempre eran las peores, pensó. Se aproximó dando tumbos a la entrada de la casa. Cath m'Lane se encontraba al otro lado.

—¡Monstruo! —gritó la mujer. Su rostro estaba hinchado y surcado por las lágrimas—. He llorado toda la noche, eres abominable. Pero esto se ha acabado, Simon, esto se ha acabado.

—Tranquila —dijo Kress, agarrándose la cabeza—. Tengo resaca.

Cath le maldijo, le dio un empujón y entró en la casa. El shambler apareció en un rincón para comprobar a qué se debía el ruido. La mujer lo abofeteó y penetró en la salita, con Kress siguiéndola inútilmente.

—Espera —dijo—. ¿Dónde…? No puedes… —Se detuvo, repentinamente paralizado por el terror. Cath llevaba un pesado martillo en la mano izquierda—. No.

Cath avanzó resueltamente hacia el tanque de los reyes de la arena.

—¿Te gustan mucho estos encantadores pequeños, eh, Simon? En este caso, vive con ellos.

—¡Cath! —chilló.

Asiendo el martillo con ambas manos, la mujer golpeó con todas sus fuerzas el lateral del tanque. El sonido del impacto provocó punzadas de dolor en la cabeza de Kress, que lanzó un débil gemido de desesperación. Pero el plástico resistió.

Cath golpeó de nuevo. En esta ocasión se produjo un crujido y una red de finas líneas apareció en la pared del recipiente.

Kress se lanzó hacia ella cuando levantaba el martillo para dar un tercer golpe. Ambos cayeron juntos y rodaron por el suelo. Cath perdió el martillo y trató de agarrar por el cuello a Kress, pero éste se liberó y mordió a la mujer, haciéndola sangrar. Los dos se pusieron de pie de modo vacilante, respirando con

dificultad.

—Deberías verte ahora, Simon. —dijo sombríamente Cath —. Con la sangre goteando de tu boca pareces uno de tus animalitos. ¿Te gusta el sabor…?

—Lárgate. —Kress vio la espada, todavía en el mismo lugar donde había caído la noche pasada, y la tomó—. Vete —repitió, agitando el arma para dar fuerza a sus palabras—. No te acerques otra vez a ese tanque.

Cath se rió de él.

—No te atreverías —le dijo.

Se inclinó sobre el martillo. Kress gritó y se abalanzó hacia ella. Antes de que se diera cuenta, la hoja de acero había penetrado limpiamente en el abdomen de la mujer. Cath m'Lane le miró inquisitivamente y luego contempló la espada. Kress retrocedió.

—No pretendía… —gimoteó—. Yo sólo quería…

Cath se quedó inmóvil. Sangraba, agonizaba, pero no cayó al suelo.

—Eres un monstruo —logró decir, pese a que su boca estaba llena de sangre.

De un modo increíble, se volvió y golpeó el tanque con sus últimas fuerzas. La torturada pared se astilló y Cath m'Lane fue enterrada por una avalancha de plástico, arena y barro.

Kress emitió pequeños gritos de histeria y gateó hasta el sofá.

Los reyes de la arena estaban emergiendo de la tierra amontonada en el suelo de la salita. Se arrastraban sobre el cadáver de Cath. Algunos se aventuraron con precaución a pisar la alfombra. Otros muchos los imitaron.

Observó que se formaba una columna, un cuadrado viviente contorsionante de reyes de la arena que llevaban algo… algo viscoso y deforme, un trozo de carne cruda tan grande como la cabeza de un hombre. Empezaron a llevarse el vientre lejos del tanque. La masa de carne palpitaba.

Fue entonces cuando Kress no pudo más y se echó a correr.

En lugar de lograr hacer acopio de valor para regresar a su hogar, Kress corrió hacia su helicóptero y voló hasta la ciudad más próxima, a cincuenta kilómetros de distancia, casi enfermo de

miedo. Una vez lejos y a salvo, encontró un pequeño restaurante, bebió varias tazas de café, tomó dos pastillas contra la resaca, desayunó en abundancia y, poco a poco, fue recuperando su compostura.

Había sido una mañana terrible, pero seguir recordándola no iba a resolver nada. Pidió más café y consideró su situación con frío raciocinio.

Cath m'Lane había muerto y él era el culpable. ¿Podía dar parte del hecho y argumentar que se había tratado de un accidente? Más bien no. Al fin y al cabo, él era el asesino y ya había dicho a aquella mujer policía que se iba a encargar de ella. Tendría que desembarazarse de las pruebas y confiar en que Cath no hubiera contado a nadie lo que planeaba hacer aquel día. Era poco probable que hubiera hecho tal cosa. Ella no habría recibido el regalo hasta última hora del día anterior y había dicho "he llorado toda la noche". Y estaba sola cuando se presentó. Perfecto, Kress tenía un cadáver y un helicóptero de los que disponer.

Quedaban los reyes de la arena. Podrían representar más de un problema. Sin duda ya se habrían escapado todos. El pensamiento de aquellas criaturas ocupando su casa, su cama y sus ropas, infestando su comida... le hizo sentir un hormigueo en la piel. Se estremeció y superó su repulsión. En realidad no debería ser demasiado difícil matarlas, se recordó. No debía ocuparse de todos los móviles. Simplemente los cuatro vientres, eso era todo. Podía hacerlo. Eran grandes, ya lo había visto. Los encontraría y los mataría. El era su dios. Ahora sería su destructor.

Fue de compras antes de regresar a su hogar. Adquirió un mono de plástico que le cubriría de pies a cabeza, varias bolsas de pastillas de veneno para ratas y un atomizador de un insecticida ilegalmente potente. También compró un accesorio para remolcar vehículos.

Cuando aterrizó en su casa aquella misma tarde, inició su tarea de modo metódico. En primer lugar enganchó el helicóptero de Cath al suyo utilizando el accesorio que había comprado. Registrando el aparato de la mujer muerta tuvo su primer golpe de suerte. En el asiento delantero se hallaba la hoja de cristal con la grabación holográfica que había efectuado Idi Noreddian de la lucha de los reyes de la arena. A Kress le había preocupado este detalle.

Cuando los helicópteros estuvieron dispuestos, Kress se puso el mono de plástico y entró en la mansión para recoger el cadáver

de Cath.

No lo encontró.

Husmeó con todo cuidado en la arena, que se secaba rápidamente, y no le quedó duda alguna: el cuerpo había desaparecido.

¿Acaso Cath se habría alejado se allí arrastrándose? Muy improbable, pero Kress igual investigó. Una investigación superficial de su casa no le permitió descubrir el cadáver o algún rastro de los reyes de la arena. No tenía tiempo para realizar una investigación más completa, no con el delatador helicóptero frente a la entrada. Decidió continuar las pesquisas después.

A setenta kilómetros al norte de la mansión de Kress se extendía una cadena de volcanes activos. Voló hacia allí, remolcando el helicóptero de Cath. Sobre el cono incandescente del mayor de los volcanes desconectó el accesorio de remolque y vio como el helicóptero de Cath caía verticalmente y se desvanecía en la lava.

Estaba anocheciendo cuando regresó a su casa. Esto le permitía tomarse un descanso. Rápidamente meditó si le convenía o no volar otra vez a la ciudad y pasar la noche allí. Desechó la idea. Tenía trabajo pendiente. Todavía no se hallaba a salvo.

Diseminó las pastillas venenosas alrededor de su casa. Nadie recelaría de tal acción. Siempre había tenido problemas con los animales de las rocas. Una vez terminada esta tarea, Kress preparó el atomizador de insecticida y se aventuró a entrar en la mansión.

Recorrió toda la casa, habitación por habitación, encendiendo la luz por todas partes donde pasaba hasta que se vio rodeado por un resplandor de iluminación artificial. Hizo una pausa para limpiar la salita, utilizando la pala para volver a poner en el tanque la arena y los fragmentos de plástico. Los reyes de la arena se habían escapado todos, tal como había temido. Los castillos estaban contraídos y deformados, convertidos en escoria por el bombardeo acuoso que Kress les había infringido, y lo poco que quedaba de ellos se desmoronaba al irse secando.

Kress frunció en entrecejo y siguió su inspección, con el atomizador de insecticida sujeto a su espalda.

Abajo, en la bodega, vio el cadáver de Cath m'Lane.

Estaba tendida al pie de un tramo de escaleras con las piernas torcidas, como si hubiera caído. Móviles blancos pululaban a su alrededor y, mientras Kress los contemplaba, el cuerpo se movió de un tirón en el suelo extremadamente sucio.

Kress rió y puso la iluminación al máximo. En el rincón más alejado, entre dos estantes de botellas de vino, se veía un castillo achatado, formado en parte por barro, y un oscuro agujero. Kress vislumbró un tosco rasgo de su rostro en el muro de la bodega.

El cadáver varió de posición por segunda vez, moviéndose algunos centímetros hacia el castillo. Kress tuvo una repentina visión del vientre blanco esperando ansiosamente. El vientre podría meterse un pie de Cath en la boca, pero nada más. Demasiado absurdo. Se rió de nuevo y empezo a bajar a la bodega, con un dedo fijo en el disparador de la manguera que serpenteaba a lo largo de su brazo derecho. Los reyes, cientos de ellos moviéndose al unísono, abandonaron el cadáver y adoptaron la formación de batalla, una muralla blanca entre Kress y el vientre de los móviles.

De repente, Kress tuvo otra inspiración. Sonrió y bajó la mano con la que pensaba disparar.

—Cath siempre fue difícil de tragar —dijo, complacido por su ingenio—. Es especial para alguien de vuestro tamaño. Bien, permitidme que os ayude. ¿Para qué están los dioses, sino?

Se retiró a la planta, regresando poco después con un hacha. Los reyes, pacientes, esperaron y observaron a Kress mientras desmenuzaba a Cath m’Lane en trozos pequeños y fácilmente digeribles.

Kress durmió aquella noche con el mono de plástico encima y el insecticida a mano, pero no tuvo problemas. Los blancos, saciados, permanecieron en la bodega y Kress no vio rastro alguno de los demás.

Por la mañana concluyó la limpieza de la salita. Cuando terminó, no quedó más traza de la pelea que el tanque destrozado.

Comió un poco y reemprendió su caza de los reyes que faltaban. A plena luz del día no tuvo dificultades. Los negros se habían establecido en su jardín rocoso y construido un castillo repleto de obsidiana y cuarzo. Los rojos estaban en el fondo de la piscina, largo tiempo desusada, que se había ido llenando de arena con el paso de los años. Vio móviles de ambos colores recorriendo sus tierras, muchos de ellos cargados con pastillas de veneno que llevaban a sus vientres. Kress estuvo a punto de ponerse a reír. Decidió que su insecticida era innecesario. ¿Para qué arriesgarse a una pelea, si le bastaba que el veneno surtiera su efecto? Los dos vientres habrían muerto por la tarde.

Sólo quedaba encontrar a los reyes anaranjados. Kress circundó la mansión varias veces, describiendo una espiral cada vez más amplia, mas no encontró un solo vestigio de ellos. Al empezar a sudar bajo su mono de plástico —era un día caluroso y seco—, pensó que el asunto no era tan importante. Si los anaranjados se encontraban allí, probablemente su vientre estaría comiendo las pastillas venenosas, igual que los otros.

Al volver a la casa aplastó varios reyes con cierta satisfacción. Una vez en el interior, se quitó el mono, descansó para tomar una deliciosa comida y finalmente se tranquilizó. Todo estaba bajo control. Dos de los vientres pronto habrían muerto, el tercero se hallaba bien localizado, en un lugar donde podría disponer de la criatura en cuanto ésta hubiera prestado sus servicios, y no dudaba que descubriría al cuarto. En cuanto a Cath, todo rastro de su visita había sido eliminado.

Su ensueño fue interrumpido cuando la pantalla de comunicación empezó a brillar de forma intermitente ante sus ojos. Era Jad Rakkis, que llamaba para alardear de dos gusanos caníbales que pensaba exhibir por la noche en los juegos bélicos.

Kress había olvidado la cita, pero se recuperó rápidamente.

—Oh, Jad, perdóname. Olvidé explicártelo. Estaba empezando a cansarme de todo eso y me deshice de los reyes de la arena. Esos asquerosos bichitos… Lo siento, pero no habrá fiesta esta noche.

—¿Y qué voy a hacer con mis gusanos? —Rakkis estaba indignado.

—Ponlos en una cesta de fruta y envíalos a una persona de tu estimación —dijo Kress, y cortó la comunicación.

Se apresuró a llamar a los otros. No podía arriesgarse a que le visitaran ahora, con los reyes vivos y infestando la mansión.

Mientras llamaba a Idi Noreddian, Kress se dio cuenta de un descuido fastidioso. La pantalla empezó a despejarse, indicando que alguien había respondido al otro lado. Kress cortó.

Idi llegó puntual, una hora más tarde. A la mujer le sorprendió que la fiesta hubiera sido anulada, pero se alegró mucho de poder pasar la tarde a solas con Kress. Este la deleitó con su historia de la reacción de Cath ante la grabación holográfica que ambos habían realizado. Mientras lo explicaba, Kress se las arregló para averiguar que Cath no había mencionado la jugarreta a nadie. Satisfecho, volvió a llenar de vino los vasos. Pero sólo quedaban unas gotas en la botella.

—Tendré que ir por otra —dijo Kress—. Acompáñame a la bodega y ayúdame a elegir una buena cosecha. Siempre has tenido mejor paladar que yo.

Idi obedeció entusiasmada, pero se detuvo ante las escaleras cuando Kress abrió la puerta y le hizo un gesto para que pasara.

—¿Dónde están las luces? —preguntó ella—. Y ese olor… ¿Qué olor tan raro es este, Simon?

Al recibir el empujón de Kress, Idi se quedó desconcertada.

Gritó al caer por las escaleras. Kress cerró la puerta y empezó a sellarla con las tablas y martillo neumático que había dejado allí para dicho fin. Cuando terminaba, oyó los gemidos de Idi.

—¡Estoy herida! —gritó Idi. Simon, ¿qué significa esto?

Prorrumpió en repentinos chillidos, que se convirtieron en alaridos poco después.

Los gritos no cesaron durante varias horas. Kress fue a su sensorio y sintonizó una atrevida comedia para borrar aquel sonido de su mente.

Cuando estuvo seguro de que Idi había muerto, Kress voló con el helicóptero de su amiga hacia el norte, rumbo a los volcanes, y se deshizo del aparato. El accesorio de remolque estaba mostrando ser una excelente inversión.

Extraños ruidos, rascaduras, surgían del otro lado de la puerta de la bodega al día siguiente, cuando Kress se disponía a inspeccionar. Escuchó durante unos instantes angustiosos, preguntándose si Idi habría logrado sobrevivir. ¿Estaría ella escarbando para tratar de salir? Esto le pareció improbable. Tenía que tratarse de los reyes. A Kress no le gustaron las implicaciones del hecho. Decidió mantener la puerta cerrada, al menos durante un tiempo. Salió al exterior de la casa con una pala, dispuesto a enterrar los vientres en sus mismos castillos.



“Terror”, por FiPsi

Las fortalezas estaban mucho más pobladas.

El vidrio volcánico del castillo negro lanzaba destellos y los reyes de la arena ocupaban por completo la fortaleza, reparándola y mejorándola. La torre más elevada llegaba hasta la cintura de Kress y en ella se encontraba una espantosa caricatura de su rostro. Conforme iba acercándose, los negros abandonaron su trabajo y formaron dos amenazadoras falanges. Kress miró a sus espaldas y vio a otros móviles que cerraban su retirada. Asustado, soltó la pala y echó a correr para salir de la trampa, aplastando a varios móviles con sus botas.

El castillo rojo trepaba por las paredes de la piscina. El vientre se hallaba a salvo en un hoyo, rodeado de arena, hormigón y almenas. Los rojos se arrastraban por todo el fondo de la piscina. Kress observó que estaban metiendo una rata y una lagartija enorme en el castillo. Horrorizado, se apartó del borde de la piscina y notó que algo crujía. Al bajar los ojos vio tres móviles que trepaban por su pierna. Se los quitó de encima de un manotazo y los aplastó, pero otros se acercaron con rapidez. Eran más grandes de lo que recordaba. Algunos casi del tamaño de su pulgar.

Kress se alejó corriendo.

Cuando se puso a salvo en la casa, su corazón latía con violencia y su respiración era jadeante. Cerró la puerta en cuanto entró y se apresuró a echar la llave. Se suponía que su mansión se hallaba a prueba de plagas. Se encontraría a salvo en ella.

Una bebida fuerte calmó sus nervios. Así que el veneno no les hace nada, pensó. Debía haberlo supuesto. Jala Wo le había advertido que el vientre comía de todo. Tendría que usar el insecticida. Bebió un poco más, se puso el mono de plástico y fijó el recipiente de insecticida a su espalda. Abrió la puerta.

En el exterior, los reyes de la arena estaban aguardando.

Dos ejércitos hicieron frente a Kress, aliados contra la amenaza común. Más reyes de los que podía haberse imaginado. Los malditos vientres debían estar procreando como ratas. Los móviles se encontraban en todos lados, formaban un mar reptante.

Kress levantó la manguera y accionó el disparador. Una niebla gris cubrió la formación más próxima de los reyes. Movió la mano de un lado a otro.

Donde caía la niebla, los móviles se retorcían violentamente y morían tras repentinos espasmos. Kress sonrió. No eran rivales para él. Los roció describiendo un arco ante él y avanzó confiadamente sobre un revoltijo de cuerpos blancos y negros. Los ejércitos retrocedieron. Kress prosiguió su avance, resuelto a romper la defensa y llegar hasta los vientres.

La retirada de los reyes cesó de repente. Mil móviles se lanzaron hacia Kress.

Pero Kress ya esperaba el contraataque. Mantuvo su posición, extendiendo ante él la espada de niebla en amplios arcos. Los móviles se abalanzaban hacia Kress y morían. Algunos alcanzaron su objetivo, ya que Kress no podía rociar todos los lugares a la vez. Notó que trepaban por sus piernas, sintió las mandíbulas mordiendo inútilmente el plástico reforzado de su mono. Hizo caso omiso al ataque y continuó lanzando insecticida.

Entonces empezó a sentir débiles impactos en la cabeza y espalda.

Kress se estremeció, dio la vuelta y alzó la mirada. La parte delantera de su mansión estaba pululante de reyes de la arena. Negros y rojos, a centenares, se lanzaban contra Kress, caían sobre él como lluvia. Uno de ellos aterrizó en su mascara facial, las mandíbulas arañando sus ojos un terrible instante antes de que lograra quitárselo de encima.

Kress levantó más la manguera y roció el aire y la casa hasta que todos los reyes aéreos estuvieron muertos o agonizantes. La niebla descendió sobre él y le hizo toser. Pero continuó lanzándola. No volvió a fijar su atención en el suelo hasta que toda la parte delantera de la casa estuvo limpia.

Los móviles le rodeaban, estaban encima de él. Algunos se arrastraban por su cuerpo, centenares más se apresuraban a imitarlos. La manguera dejó de funcionar. Kress escuchó un agudo siseo y la neblina letal formó una gran nube a la altura de su cuello, cubriéndole, ahogándole, haciendo que sus ojos ardieran y se empañaran. Tanteó a medias la manguera y su mano se apartó cubierta de móviles agonizantes. La manguera estaba cortada, la

habían perforado a mordiscos. Kress estaba rodeado por un velo de niebla, cegado. Se tambaleó, gritó y se puso a correr hacia la casa, quitándose móviles del cuerpo al mismo tiempo.

Una vez dentro, cerró la puerta con llave y se derrumbó en la alfombra, girando de un lado al otro hasta asegurarse que había aplastado a todos los reyes. El atomizador ya estaba vacío por entonces y siseaba débilmente. Kress se quitó el mono y se duchó. El agua caliente le escaldó y su piel quedó enrojecida y dolorida, pero sirvió para que la carne dejara de hormiguear.

Se puso la ropa más gruesa que tenía, unos pantalones y una chaqueta de cuero, después de sacudir las prendas nerviosamente.

—Malditos, malditos —murmuró una y otra vez.

Tenía la garganta seca. Tras examinar el recibidor de forma concienzuda para asegurarse de que estaba limpio de móviles, se sentó y tomó un trago de licor.

—Malditos —repitió.

Le temblaban las manos al servirse y vertió líquido en la alfombra.

El alcohol le apaciguó, pero no acabó con su miedo. Llenó un segundo vaso y se acercó furtivamente a la ventana. Los reyes de la arena se movían sobre la gruesa hoja de plástico. Kress se estremeció y retrocedió hasta el tablero de su videoteléfono. Tenía que pedir ayuda, pensó enloquecido. Llamaría a las autoridades, los policías vendrían con lanzallamas y…

Kress se detuvo cuando ya había empezado a llamar y gimió. No podía llamar a la policía. Debería informarles de los blancos que tenía en la bodega y encontrarían los cadáveres. Quizá el vientre hubiera dado cuenta de Cath por entonces, pero no de Idi Noreddian. Kress ni siquiera había desmenuzado el cadáver. Además quedarían los huesos. No, a la policía sólo la llamaría como último recurso.

Se sentó ante el tablero de comunicaciones, con el semblante muy grave. El videoteléfono ocupaba toda la pared. Kress podía contactar desde aquí con cualquier persona de Baldur. Tenía dinero en abundancia y contaba con su astucia. Siempre había estado orgulloso de su astucia. Resolvería el problema de alguna forma. Pensó por un momento en llamar a Wo, pero pronto abandonó la idea. Wo sabía demasiado, haría preguntas y él no confiaba en aquella mujer. No, necesitaba de alguien que hiciera lo que él quisiera sin reparos.

Su enojo fue convirtiéndose lentamente en una sonrisa. Kress tenía contactos. Llamó a un número que no había utilizado durante largo tiempo.

El rostro de una mujer cobró forma en la pantalla: cabello canoso, expresión vacía y nariz larga y en forma de gancho. Su voz fue enérgica y eficiente.

—Simon —dijo—. ¿Cómo van los negocios?

—Perfectamente, Lissandra —contestó Kress—. Tengo un trabajo para ti.

—¿Un traslado? Mi precio ha subido desde la última vez, Simon. Han pasado diez años, después de todo.

—Serás bien pagada —dijo Kress—. Ya sabes que soy generoso. Te necesito para controlar una plaga.

Lissandra sonrió ligeramente.

—No hace falta que uses eufemismos, Simon. La llamada no está controlada.

—No, hablo en serio. Tengo un problema con ciertos insectos. Son peligrosos. Encárgate de ellos. Sin preguntas. ¿Comprendido?

—Comprendido.

—Perfecto. Necesitarás… tres o cuatro ayudantes. Venid con ropa resistente al calor y lanzallamas, o láseres, algo así. Venid a mi casa, ya veréis el problema. Bichos, montones y montones de bichos. En mi jardín y en la vieja piscina encontraréis castillos. Destruidlos, matad todo lo que haya en ellos. Luego llamad a la puerta y os explicaré el resto del trabajo. ¿Puedes venir enseguida?

—Saldremos antes de una hora. —El rostro de Lissandra permaneció impasible.

Lissandra cumplió con su palabra. Se presentó en un modesto helicóptero negro acompañada de tres ayudantes. Kress les observó desde la seguridad que le proporcionaba la ventana del segundo piso. Los cuatro eran irreconocibles con sus monos. Dos de los ayudantes llevaban lanzallamas portátiles y el tercero, un cañón láser y explosivos. Lissandra iba con las manos vacías; Kress la reconoció porque daba órdenes.

El helicóptero pasó primero a baja altura, examinando la situación. Los reyes de la arena enloquecieron. Móviles escarlata y ébano corrieron por todas partes, frenéticos. Kress podía ver el

castillo del jardín desde su ventajosa posición. La fortaleza tenía la altura de un hombre. Los muros estaban repletos de defensores negros y un flujo constante de móviles se adentraba en sus profundidades.

El helicóptero de Lissandra aterrizó cerca del de Kress y los ayudantes descendieron y prepararon sus armas. Tenían un aspecto inhumano, horrible.

El ejército negro formó entre los ayudantes y el castillo. Los rojos… Kress notó de repente que no veía a los rojos. Parpadeó. ¿A dónde habían ido?

Lissandra hizo varios gestos y gritó. Los dos lanzallamas fueron extendidos y abrieron fuego sobre los reyes negros. Las armas emitieron un ruido sordo y empezaron a rugir. Largas lenguas de fuego azulado y escarlata brotaron de los lanzallamas. Los móviles negros se contrajeron, consumieron y murieron. Los ayudantes desplazaron las llamas a uno y otro lado produciendo un eficiente fuego cruzado. Fueron avanzando con pasos cuidadosos.

Con el ejército negro abrasado y desintegrado, los móviles huyeron en infinidad de direcciones, unos volviendo hacia el castillo, otros lanzándose contra el enemigo. Ni uno solo alcanzó a los ayudantes que manejaban los lanzallamas. Los hombres de Lissandra demostraban ser grandes profesionales.

Fue entonces cuando uno de ellos tropezó.

O dio la impresión de que tropezaba. Kress siguió mirando y vio que el suelo había cedido bajo los pies del individuo. Túneles, pensó, estremeciéndose de miedo. Túneles, pozos, trampas. El hombre del lanzallamas quedó hundido en la arena hasta la cintura y, de repente, la tierra que le rodeaba pareció hacer erupción y se encontró cubierto de reyes escarlatas. Soltó el lanzallamas y comenzó a rascarse el cuerpo. Sus chillidos fueron horribles.

El compañero del atacado vaciló. Después dio media vuelta y disparó. Una llamarada engulló al hombre y los reyes de la arena. Los gritos cesaron bruscamente. Satisfecho, el segundo ayudante se volvió hacia el castillo, dio otro paso al frente, reculó cuando su pie se hundió en la tierra y desapareció hasta el tobillo. Trató de sacarlo y retroceder, y en ese momento cedió el suelo que pisaba. Perdió el equilibrio, se tambaleó y cayó. Los móviles surgieron en masa, frenéticos, y cubrieron al individuo mientras éste se retorcía. El lanzallamas carecía de utilidad.

Kress golpeó violentamente la ventana para hacerse notar.

—¡El castillo! ¡Acabad con el castillo! —gritó.

Lissandra, que se había quedado atrás junto al helicóptero, oyó a Kress e hizo un gesto. El tercer ayudante apuntó con el láser y disparó. El rayo vibró sobre la tierra y cortó la parte alta del castillo. El hombre bajó el cañón rápidamente, tajando los parapetos de arena y piedra. Las torres se desplomaron. La imagen de Kress se desintegró. El láser quemó el suelo del castillo y sus alrededores. La fortaleza se desmoronó. Sólo quedó un montón de arena. Pero los móviles negros continuaron moviéndose. El vientre se hallaba enterrado a gran profundidad. Los rayos no lo habían alcanzado.

Lissandra dio otra orden. El ayudante dejó el láser, preparó un explosivo y salió disparado. Saltó sobre el cuerpo humeante del primero de sus compañeros que había muerto, cayó en tierra firme dentro del jardín de Kress y lanzó la bomba. El explosivo fue a caer justo encima de las ruinas del castillo negro. El resplandor del calor blanco quemó los ojos de Kress y se produjo una enorme salpicadura de arena, rocas y móviles. El polvo oscureció todo durante un instante. Siguió la lluvia de móviles y sus restos.

Kress observó que los móviles negros yacían muertos e inmóviles.

—¡La piscina! —gritó por la ventana—. ¡Destruid el castillo de la piscina!

Lissandra le comprendió rápidamente. El suelo estaba repleto de negros inmóviles, pero los rojos retrocedían apresuradamente y se reagrupaban. El ayudante pareció dudar, hasta que se agachó y cogió otro explosivo. Avanzó un paso, pero Lissandra le llamó y el hombre corrió hacia ella.

Todo fue muy sencillo a partir de aquel momento. El ayudante subió al helicóptero y Lissandra emprendió el vuelo. Kress se precipitó hacia la ventana de otra habitación para no perderse detalle. El aparato descendió justo sobre la piscina y el ayudante lanzó sus bombas al castillo rojo desde la seguridad que le daba el vehículo. Después de la cuarta pasada, el castillo quedó irreconocible y los reyes rojos dejaron de moverse.

Lissandra fue cuidadosa. Hizo que su ayudante bombardeara ambos castillos varias veces más. A continuación, el individuo utilizó el láser para barrer metódicamente la zona de las ruinas, asegurándose así de que ni un solo ser viviente podía permanecer intacto bajo aquellos pequeños pedazos de tierra.

Finalmente llamaron a la puerta de Kress, que sonrió maniáticamente cuando les dejó pasar.

—Delicioso —dijo—. Delicioso.

Lissandra se quitó la mascarilla.

—Esto va a costarte caro, Simon. Dos ayudantes muertos, sin hablar del peligro que he corrido.

—Naturalmente —interrumpió Kress—. Te pagaré bien, Lissandra. Todo lo que pidas, pero en cuanto terminéis el trabajo.

—¿Qué queda por hacer?

—Tenéis que limpiar mi bodega. Hay otro castillo ahí abajo. Y tendréis que hacerlo sin explosivos. No quiero que mi casa se venga abajo.

Lissandra hizo un gesto a su ayudante.

—Ve afuera y coge el lanzallamas de Rajk. Tiene que estar intacto.

El hombre volvió armado, preparado, silencioso. Kress les condujo a la bodega.

La pesada puerta seguía cerrada con clavos, tal como Kress la había dejado. Pero sobresalía ligeramente hacia afuera, como si una enorme presión la combara. Kress se intranquilizó por ello tanto como por el silencio que reinaba. Se colocó bien alejado de la puerta mientras el ayudante de Lissandra arrancaba los clavos y tablas.

—¿Será eso seguro ahí dentro? —se encontró murmurando Kress, al tiempo que señalaba el lanzallamas—. Tampoco quiero que haya un incendio, comprendedlo.

—Tengo el láser —dijo Lissandra—. Lo usaremos para la matanza. Probablemente no nos hará falta el lanzallamas. Pero quiero disponer de esa arma por si acaso. Hay cosas peores que el fuego, Simon.

Kress asintió en silencio.

La última tabla fue arrancada de la puerta de la bodega. Todavía no se había producido sonido alguno en el interior. Lissandra dio una orden y el subordinado se echó hacia atrás para situarse detrás de la mujer y apuntar el lanzallamas al centro de la puerta. Lissandra volvió a ponerse la mascarilla, alzó el láser, avanzó y abrió la puerta.

Ni un solo movimiento. Ningún sonido. El fondo de la bodega estaba oscuro.

—¿Hay alguna luz? —preguntó Lissandra.

—El interruptor está justo al lado de la puerta —contestó

Kress—. A mano derecha. Cuidado con las escaleras. Son bastantes empinadas.

Lissandra cruzó el umbral, cambió el láser a su mano izquierda, alargó la derecha y tanteó con ella en busca del interruptor. No sucedió nada.

—Lo noto —explicó Lissandra—, pero no parece que…

Un instante después empezó a gritar y cayó hacia atrás. Un enorme rey blanco se había aferrado a la muñeca de la mujer. Brotó sangre del mono en el lugar donde las mandíbulas del móvil habían mordido. La criatura era tan grande como la mano de Lissandra.

La mujer realizó un grotesco pase de baile en la habitación y empezó a golpear con su mano la pared más cercana. Una y otra vez, sin cesar, produciendo un ruido sordo, carnoso. El rey de la arena cayó por fin. Lissandra había soltado el láser cerca de la puerta de la bodega.

—No pienso bajar ahí —anunció el ayudante con voz clara y firme.

Lissandra alzó los ojos hacia él.

—No —le dijo—. Ponte en la puerta y quémalo todo, hasta que sólo queden cenizas. ¿Comprendes?

El otro asintió.

—Mi casa —se quejó Kress. Su estómago se revolvió. El móvil blanco había sido tan grande. ¿Cuántos más había allí abajo?—. No lo hagas —ordenó—. No toques nada. He cambiado de idea.

Lissandra no le comprendió. Mostró su mano herida. Estaba cubierta de sangre y de un icor de color verdoso oscuro.

—Tu amiguito perforó mi guante con su boca y ya has visto lo que me ha costado quitármelo de encima. No me preocupa tu casa, Simon. Sea lo que sea, eso que hay ahí abajo va a morir.

Kress apenas la escuchó. Creyó distinguir movimientos en las sombras, al otro lado de la puerta. Imaginó que un ejercito de móviles blancos iba a surgir en tropel. Soldados tan enormes como el rey que había atacado a Lissandra. Se vio levantado por un centenar de brazos diminutos y arrastrado en la oscuridad hacia el lugar donde el vientre aguardaba sin poder contener su hambre.

Kress se aterrorizó.

—No hagáis nada —dijo.

Los otros dos no le hicieron caso.

Kress saltó hacia adelante y su hombro golpeó la espalda del ayudante en el momento que éste se preparaba para disparar. El ayudante gruñó, perdió el equilibrio y se precipitó en la oscuridad. Kress escuchó como el hombre caía por las escaleras. Después hubo otros ruidos… Sonidos suaves, chapoteos, crujidos…

Kress se dio vuelta para encararse con Lissandra. Estaba empapado en un sudor frío, pero una excitación malsana se apoderó de él. Un impulso casi sexual.

Los ojos fríos y tranquilos de Lissandra le miraron desde detrás de la mascarilla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mientras Kress recogía el láser que ella había soltado—. ¡Simon!

—Estoy haciendo las pases —dijo Kress. Soltó una risita—. Ellos no le harán daño a dios, no. No mientras dios sea bueno y generoso. Fui cruel. Los maté de hambre. Ahora debo reparar el daño, compréndelo.

—Estás loco —protestó Lissandra.

Fueron las últimas palabras. Kress hizo un agujero en el pecho de la mujer, tan grande que habría podido pasar el brazo a través del hueco. Arrastró el cadáver por el suelo y lo arrojó por las escaleras de la bodega. Los ruidos aumentaron: ruidos cortos, raspaduras, ecos claros y confusos. Kress volvió a cerrar la puerta con clavos.

Cuando se apartó del lugar se sintió henchido de un profundo sentimiento de satisfacción que recubría su miedo con una capa de almíbar. Sospechó que tal sensación no le pertenecía.

Kress había planeado abandonar el hogar, volar hasta la ciudad y alquilar una habitación por una noche o quizá un año. En lugar de eso empezó a beber. No estaba muy seguro del porqué. Bebió sin descanso durante varias horas y, bruscamente, vomitó toda la bebida en la alfombra de su salita. En un momento dado se durmió. Al despertar, la oscuridad era total en la casa.

Se encogió en el sofá. Escuchó ruidos. Algo se movía por las paredes. Le rodeaban. Su oído se agudizó extraordinariamente. Todo diminuto crujido era la pisada de un rey de la arena. Cerró los ojos y esperó a sentir el terrible contacto de aquellas criaturas, temeroso de moverse por si topaba con una de ellas.

Kress sollozó y luego se quedó muy silencioso.

Transcurrió el tiempo, pero no ocurrió nada.

Kress abrió los ojos de nuevo. Se estremeció. Poco a poco, las sombras empezaron a debilitarse y disolverse. La luz de la luna se filtraba por los altos ventanales. Los ojos de Kress se acostumbraron a la oscuridad.

La salita estaba vacía. No había nada, nada. Sólo sus temores de borracho.

Se animó, se levantó y encendió una luz.

Nada. La habitación estaba desierta.

Prestó atención. Nada. Ningún sonido. Nada en las paredes. Todo había sido producto de su imaginación, de su terror.

Los recuerdos de Lissandra y lo sucedido en la bodega se presentaron de forma espontánea. Vergüenza y enojo se apoderaron de él. ¿Por qué había hecho eso? El podía haber ayudado a Lissandra a quemarlo todo, a matar el vientre. ¿Por qué…? El sabía el motivo. El vientre era el culpable, le había metido el miedo en el cuerpo. Wo había dicho que aquella criatura era psiónica, incluso cuando era pequeña. Y ahora era tan grande, tan grande… Se había dado un festín con Cath y Idi y ya tenía otros dos cadáveres allí abajo. Seguiría creciendo. Y había aprendido a saborear el gusto de la carne humana, pensó Kress.

Empezó a temblar, pero se dominó de nuevo. El vientre no le haría daño, él era dios. Los blancos siempre habían sido sus favoritos.

Recordó que había herido al vientre blanco con la espada, antes de que se presentara Cath. Aquella condenada mujer…

No podía quedarse parado. El vientre volvería a tener hambre. Y dado su tamaño, no tardaría mucho en sentirla. Su apetito sería terrible. ¿Qué haría entonces? Kress debía marcharse, ponerse a salvo en la ciudad mientras el vientre aún estaba confinado en la bodega. Allí abajo sólo había yeso y tierra y los móviles podrían excavar y abrir túneles. Cuando estuvieran libres… Kress no quiso pensar en ello.

Fue a su dormitorio y preparó el equipaje. Cogió tres maletas. Sólo necesitaba una muda de ropa, eso era todo. El resto del espacio disponible lo llenó de sus posesiones de valor; joyas, obras de arte y otras cosas cuya pérdida no podía soportar. No esperaba volver nunca a su mansión.

El shambler le siguió por las escaleras, contemplándole con sus ojos malvados y relucientes. El animal estaba demacrado. Kress comprendió que llevaba muchísimo tiempo sin alimentarlo. En general el shambler podía cuidarse de sí mismo, pero sin duda los

residuos de comida habían ido escaseando cada vez más. Cuando el animal trató de agarrarse a su pierna, Kress refunfuño y le dio una patada. El shambler se escabulló, evidentemente dolorido y ofendido.

Sosteniendo torpemente las maletas, Kress salió de la casa y cerró la puerta.

Por un instante permaneció pegado a la mansión, sintiendo en su pecho los latidos del corazón. Tan sólo unos metros le separaban del helicóptero. Tuvo miedo de dar los pasos necesarios. La luz de la luna era brillante y el terreno que se extendía ante su casa mostraba el resultado de la carnicería. Los cuerpos de los dos ayudantes de Lissandra yacían en el lugar donde habían caído, uno retorcido y calcinado, el otro hundido bajo una masa de inertes reyes de la arena. Y los móviles, negros y rojos, lo rodeaban por todas partes. A Kress le representó un esfuerzo recordar que estaban muertos. Casi tuvo la impresión de que, simplemente, estaban aguardando, tal como habían hecho tantas y tantas veces anteriormente.

Es absurdo, se dijo Kress. Más temores propios de un borracho. Había visto estallar los castillos. Los móviles estaban muertos y el vientre blanco atrapado en su bodega. Respiró profunda y deliberadamente varias veces y avanzó entre los reyes de la arena, que crujieron bajo sus botas. Los machacó en la arena de una manera salvaje. Los animales no se movieron.

Kress sonrió y atravesó lentamente el campo de batalla, escuchando los sonidos, los sonidos de la seguridad.

Crunch, crac, crunch.

Dejó las maletas en el suelo y abrió la puerta del helicóptero.

Algo surgió de entre las sombras. Una forma oscura en el asiento del helicóptero. Tan larga como el brazo de Kress. Las mandíbulas de la criatura se juntaron con un ruido suave. Los seis ojillos dispuestos en torno al cuerpo miraron a Kress.

Kress se orinó en los pantalones y retrocedió con lentitud.

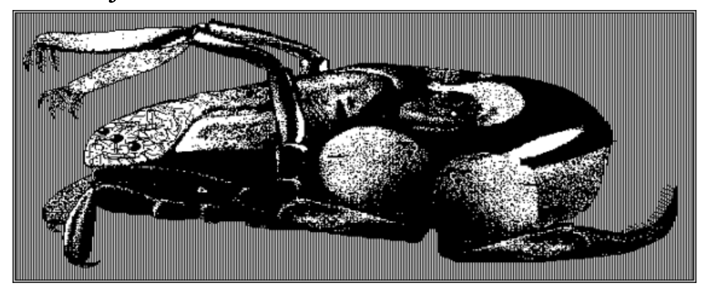
Hubo más movimientos dentro del helicóptero. Kress había dejado la puerta abierta. El rey de la arena salió y se dirigió hacia él cautelosamente. Otros lo siguieron. Se habían ocultado debajo de los asientos, se habían escondido en el tapizado. Pero ahora abandonaron su escondite. Formaron un círculo cerrado en torno al helicóptero.

Kress humedeció sus labios, dio la vuelta y caminó con

rapidez hacia el helicóptero de Lissandra.

Se detuvo a medio camino. También había cosas moviéndose en el interior de aquel aparato. Seres enormes, agusanados, apenas visibles a la luz de la luna.

Kress gimoteó y retrocedió hacia la casa. Cerca de la puerta, alzó los ojos.



“Rey de la arena”, por FiPsi

Contó una docena de formas alargadas y blancas que se arrastraban de un lado al otro por las paredes del edificio. Cuatro de ellas estaban apiñadas en las proximidades del extremo del campanario, donde había anidado el halcón en otros tiempos. Se hallaban tallando algo. Una cara. Una cara muy familiar.

Kress soltó un chillido y se apresuró a entrar en la casa. Se dirigió al mueble bar.

Una dosis suficiente de bebida le proporcionó el fácil olvido que buscaba. Pero despertó. Pese a todo, despertó. Se encontró con que tenía un terrible dolor de cabeza. Apestaba y tenía hambre. ¡Oh, qué hambre! Jamás había estado tan hambriento.

Kress sabía que no era su estómago el que protestaba.

Un móvil blanco le observaba desde la parte superior del tocador de su dormitorio, con las antenas moviéndose débilmente.

Era tan grande como el que había descubierto en el helicóptero la noche anterior. Se esforzó por no acobardarse.

—Yo… yo te alimentaré —dijo al rey de la arena—. Yo te alimentaré.

La boca de Kress estaba terriblemente seca, tanto como si fuera papel de lija. Humedeció sus labios y huyó de la habitación.

La casa estaba llena de móviles. Kress tuvo que estar muy atento para asegurarse donde pisaba. Todas las criaturas parecían estar ocupadas en sus propias diligencias. Estaban modificando la mansión, escondiéndose o saliendo de los muros, tallando extrañas cosas. En dos ocasiones Kress vio sus rasgos contemplándole desde lugares inesperados. Los rostros estaban retorcidos, curvados,

lívidos de espanto.

Salió afuera para recoger los cadáveres que habían estado pudriéndose en la arena, confiando en aplacar así el hambre del vientre blanco. Los dos cuerpos habían desaparecido. Kress recordó la facilidad de los reyes de la arena para transportar objetos que superaban con mucho su peso.

Le resultó terrible pensar que el vientre todavía tuviera apetito después de haber comido todo eso.

Al volver a entrar a la casa, una columna de móviles avanzaba por las escaleras. Todos llevaban un fragmento del shambler de Kress. La cabeza pareció mirarle de modo reprobador mientras proseguía su camino.

Kress vació los frigoríficos, los armarios, todo, amontonando todo el alimento que había en la casa en el centro de la cocina.

Un grupo de móviles blancos aguardaron hasta poder llevárselo.

Evitaron la comida congelada, dejándola en medio de un gran charco a la espera de que se calentara, pero se llevaron todo lo demás.

Una vez desaparecida toda la comida, Kress sintió que las punzadas del hambre se calmaban un poco, pese que no había comido nada en absoluto. Pero sabía que aquel respiro duraría muy poco. El vientre no tardaría en volver a estar hambriento. Kress tenía que alimentarlo.

Tenía el remedio. Se puso ante el videoteléfono.

—Malada —empezó a decir con aire casual al responder la primera de sus amistades—. Doy una pequeña fiesta esta noche. Ya sé que te lo digo con muy poco tiempo de adelanto, pero espero que vengas. Confío en ello.

A continuación llamó a Jad Rakkis y luego a los demás. Al concluir las llamadas, cinco de ellos habían aceptado la invitación.

Kress esperaba que eso bastara.

Kress recibió a sus invitados fuera de la casa. Los móviles habían limpiado la zona con notable rapidez, y el lugar tenía casi el mismo aspecto que antes de la batalla. Acompañó a sus amigos hasta la puerta y les cedió el paso. Pero no les siguió.

Tras entrar a la mansión el cuarto de ellos, Kress logró por fin envalentonarse. Cerró la puerta a espaldas del último invitado, sin hacer caso de sus exclamaciones de asombro que pronto se convirtieron en un agudo parloteo, y corrió hacia el helicóptero

del hombre que acababa de llegar. Se deslizó en el interior, puso el pulgar en la placa de encendido y soltó una maldición, el aparato estaba programado para elevarse únicamente en repuesta a la impresión digital de su propietario, cosa lógica y natural.

Rakkis fue el siguiente en llegar. Kress corrió hacia el helicóptero del recién llegado antes de que aterrizara y asió a su amigo del brazo cuando se disponía a salir del aparato.

—Vuelve a meterte a ahí dentro, rápido —dijo Kress al tiempo que empujaba a Rakkis—. Llévame a la ciudad. Deprisa, Jad. ¡Salgamos de aquí!

Pero Rakkis se limitó a mirarle y no hizo un solo movimiento.

—Caramba, ¿qué es lo que va mal, Simon? No te comprendo. ¿Qué me dices de tu fiesta?

Y entonces ya fue demasiado tarde, porque toda la arena que les rodeaba empezó a agitarse. Ojos rojizos les miraban fijamente y las correspondientes mandíbulas se abrían y cerraban. Rakkis contuvo una exclamación y trató de volver al helicóptero, pero un par de mandíbulas se cerraron sobre sus tobillos y al instante quedó arrodillado en el suelo. La arena pareció hervir de actividad subterránea. Rakkis se revolvió y lanzó terribles alaridos mientras era desgarrado por los móviles. Kress apenas pudo soportar la escena.

Después de esto no volvió a intentar la huida. Concluida la masacre bebió todo lo que quedaba en su mueble bar y se emborrachó a más no poder. Iba a ser la última ocasión en que gozaba de tal lujo, lo sabía perfectamente. El único alcohol que había en la casa se hallaba en la bodega.

Kress ni siquiera tocó un alimento durante todo el día, pero cayó dormido con la sensación de estar harto, finalmente saciado.

Aquel hambre espantosa había sido vencida. Sus últimos pensamientos antes de ser torturado por las pesadillas estuvieron relacionados con el problema de a quién invitaría mañana.

La mañana era calurosa y seca. Kress abrió los ojos y vio que el móvil blanco volvía a estar encima del tocador. Volvió a cerrar los ojos, abrigando la esperanza de que la pesadilla se desvaneciera. No fue así. Le fue imposible recuperar el sueño y pronto se encontró contemplando a la criatura.

La miró fijamente durante cinco minutos antes de que

comprendiera la extrañeza de la situación: el rey de la arena no se movía. A decir verdad los móviles podían permanecer inexplicablemente inmóviles. Kress los había visto aguardar y observar en infinidad de ocasiones. Pero siempre desarrollaban algún tipo de movimiento: las mandíbulas temblaban, las patas se crispaban, las alargadas y delicadas antenas se agitaban y vibraban.

Pero el móvil de su tocador estaba completamente inmóvil.

Kress se puso de pie, conteniendo la respiración, no atreviéndose a forjar ilusiones. ¿Estaría muerto aquel rey? ¿Acaso algo lo habría matado? Cruzó la habitación.

Los ojos de la criatura eran oscuros, vidriosos. Parecía estar hinchada de alguna forma extraña, como si sus entrañas fueran blandas y se hallaran en descomposición, como si estuviera rellenas de un gas que empujara hacia fuera las escamas de su blanco caparazón.

Kress alargó una temblorosa mano y tocó al móvil.

Lo notó cálido, incluso caliente, y aumentando progresivamente la temperatura corporal. Pero el móvil no se movió.

Kress retiró la mano y, al hacerlo, una porción del blanco dermatoesqueleto se separó del rey de la arena. La carne que apareció debajo era de idéntico color, pero más blanda en apariencia, hinchada y calenturienta. Y tuvo la impresión de que palpitaba.

Kress se apartó y corrió hacia la puerta.

Otros tres móviles blancos yacían en el pasillo, todos con un aspecto muy parecido al de su dormitorio.

Bajó las escaleras a la carrera, saltando sobre más reyes. Ninguno se movió. La casa estaba repleta de ellos, todos muertos, agonizantes, comatosos o algo por el estilo. Kress no se preocupó por lo que les ocurría. La cuestión era que no podían moverse.

Encontró cuatro móviles más dentro de su helicóptero. Los agarró uno a uno y los lanzó tan lejos como pudo. Malditos monstruos…

Entró en la cabina, tomó asiento en la medio devorada silla y puso el pulgar sobre la placa de puesta en marcha.

No hubo respuesta.

Kress probó una y otra vez. Nada. Un hecho increíble. Se trataba de su helicóptero. Tenía que funcionar. ¿Por qué no

despegaba? No lo comprendía.

Al fin salió del aparato y lo inspeccionó, temiendo lo peor.

Encontró el fallo. Los móviles habían destrozado la unidad gravitatoria. Estaba atrapado. Seguía estando atrapado.

Kress regresó a la mansión con aire sombrío. Se dirigió a su estudio y tomó el hacha que colgaba junto al lugar donde había estado la espada que utilizara con Cath m'Lane. Inició la tarea. Los móviles no se movieron ni siquiera cuando los despedazó. Pero salpicaron todo con el primer tajo y sus cuerpos casi estallaron. El aspecto de las entrañas era espantoso: extraños órganos semiformados, una sustancia espesa, viscosa y rojiza que recordaba la sangre humana, y el icor amarillo.

Kress destruyó veinte reyes antes de comprender la futilidad de su acción. Los móviles no eran nada en realidad. Además, había tantos… Podía dedicar todo el día y toda la noche y aún así no acabaría con todos. Tenía que bajar a la bodega y usar el hacha con el vientre.

Lleno de determinación, se encaminó hacia puerta de la bodega. Pero se detuvo de repente.

Lo que tenía ante sus ojos había dejado de ser una puerta. Las paredes habían sido carcomidas, de modo que el hueco era el doble de grande que antes y, además, redondeado. Una concavidad, nada más que eso. No quedaba un solo vestigio indicativo de que allí hubiera habido una puerta cerrada con clavos que obstaculizara la salida de aquel abismo sombrío.

Un olor atroz, asfixiante, fétido, parecía brotar del interior.

Y las paredes estában húmedas, llenas de sangre y recubiertas de capas de hongos blancuzcos.

Y lo peor de todo, el agujero respiraba.

Kress se quedó inmóvil y percibió el cálido viento que iba inundándole conforme era exhalado. Trató de no ahogarse y huyó en cuanto la corriente de aire cambió de dirección.

De vuelta a la salita, destrozó otros tres móviles y se derrumbó. ¿Qué estaba sucediendo? Kress no lo entendía.

Fue entonces cuando recordó a la única persona que sería capaz de comprenderlo. Kress se dirigió de nuevo hacia el videoteléfono, pisó un móvil en su precipitación y suplicó fervientemente que el dispositivo funcionara todavía.

Al responder Jala Wo, Kress explicó a la mujer todo lo sucedido, sin olvidar un solo detalle.

Wo le dejó hablar sin interrumpirle, falta de otro rasgo expresivo que no fuera una ligera contracción de su demacrado y pálido rostro. Cuando Kress acabó su relato, Wo se limitó a decir:

—Debería abandonarle ahí.

Kress rompió a llorar.

—¡No puede hacer eso! ¡Ayúdeme! Le pagaré…

—Debería hacerlo —dijo Wo—. Pero no lo haré.

—Gracias, Wo. Muchas gracias…

—Tranquilo. Escúcheme. Esto es obra de usted. Si se mantiene bien a los reyes de la arena, se comportan como elegantes guerreros rituales. Usted ha transformado los suyos en otra cosa mediante el hambre y la tortura. Usted era su dios. Usted ha hecho que sean como son. Ese vientre de su bodega está enfermo, sigue padeciendo las consecuencias de la herida que usted le produjo. Es probable que esa criatura esté loca. Su conducta resulta… anormal.

«Debe abandonar su casa rápidamente. Los móviles no están muertos, Kress, sino en período de latencia. Ya le expliqué que pierden el dermatoesqueleto cuando aumentan de tamaño. De hecho, lo normal es que lo pierdan mucho antes. Jamás he oído hablar de reyes de la arena que crezcan tanto como los suyos mientras se hallan en la etapa de insecto. Esa es otra consecuencia de haber mutilado al vientre blanco, me atrevería a decir. No importa.

«Lo importante es la metamorfosis que están sufriendo sus reyes. Ha de saber que, conforme el vientre aumenta de tamaño, su inteligencia se desarrolla al unísono. Sus facultades psiónicas quedan reforzadas y su mente se vuelve más compleja, más ambiciosa. Los móviles acorazados son muy útiles mientras el vientre es pequeño y tan solo semiconsciente, pero ahora necesita mejores servidores, organismos con mayores facultades. ¿Lo comprende? Los móviles van a dar nacimiento a una nueva casta de rey. No puedo decirle exactamente cuál será su aspecto. Todo vientre idea un tipo distinto que satisfaga sus necesidades y deseos. Pero será bípedo, con cuatro brazos y pulgares oponibles. Será capaz de construir y manejar maquinaria avanzada. Los reyes en sí, individualmente considerados, no serán conscientes. Pero el vientre será francamente consciente.

Kress se quedó con la boca abierta ante la imagen de Wo en la pantalla.

—Sus operarios —dijo con grandes esfuerzos—. Los que

vinieron aquí… los que instalaron el tanque.

Wo esbozó una suave sonrisa.

—Shade.

—Shade es un rey de la arena —repitió Kress, aturdido—. Y usted me vendió un tanque de… de… infantes…

—No sea absurdo. En su primera etapa, un rey es más bien un esperma que un niño. Las batallas templan y controlan su naturaleza. Sólo uno de cada cien alcanza la segunda fase. Sólo uno de cada mil llega a la tercera y definitiva y toma la forma de Shade. Los reyes adultos no se muestran sentimentales con los pequeños vientres. Son muchos, y sus móviles, plagas. —Wo suspiró—. Y toda esta charla nos está haciendo perder el tiempo. Ese rey blanco no tardará en despertar a la plena conciencia. Ya no necesitará más de sus servicios, Kress, y además le odia y tendrá mucha hambre. La transformación resulta agotadora. El vientre debe devorar enormes cantidades de alimentos antes y después de ella. De modo que usted ha de salir de ahí. ¿Me ha comprendido?

—No puedo hacerlo —contestó Kress—. Mi helicóptero está destruido y me es imposible poner en marcha ninguno de los otros. No sé cómo reprogramarlos. ¿No puede venir a buscarme?

—Sí. Shade y yo partiremos inmediatamente, pero de Asgard a su casa hay más de doscientos kilómetros y necesitamos determinado equipo para ocuparnos del rey trastornado que usted ha creado. No puede esperarnos ahí, Kress. Dispone de dos piernas. Camine. Vaya hacia el este, con la máxima exactitud y rapidez que le sea posible. Podemos encontrarle fácilmente en una búsqueda aérea y usted se hallará a salvo, lejos de los reyes. ¿Ha comprendido?

—Sí. Sí, oh, sí.

Cortó la comunicación y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Había recorrido la mitad de la distancia cuando escuchó el ruido, un sonido que, por una parte parecía un crujido y, por otra, un estallido.

Uno de los reyes de la arena se había resquebrajado. De las grietas emergieron cuatro menudas manos cubiertas de sangre rosadoamarillenta y se pusieron a apartar a un lado la piel muerta.

Kress comenzó a correr.

No había tenido en cuenta el calor.

Las montañas estaban secas y abundaban en rocas. Kress se alejó de la casa con toda la rapidez que pudo. Corrió hasta que le dolieron las costillas y su respiración se hizo jadeante. Después se limitó a caminar, para volver a correr en cuanto estuvo recuperado. Durante una hora corrió y caminó, corrió y caminó, bajo un sol fiero y ardiente. Sudó en abundancia, deseó haberse acordado de llevar un poco de agua y levantó los ojos hacia el cielo esperando distinguir a Wo y Shade.

Kress no estaba hecho para soportar aquella situación. Hacía demasiado calor, el ambiente era excesivamente seco y él no estaba en forma. Pero se esforzó en continuar, recordando el modo en que el vientre había respirado, pensando en las serpenteantes criaturas que por entonces, con toda seguridad, debían estar arrastrándose por toda su casa. Confió en que Wo y Shade supieran cómo tratarlas.

Kress tenía sus planes para Wo y Shade. Todo había sido por culpa de ellos, decidió Kress, y pagarían por ello. Lissandra estaba muerta, pero él conocía a otras personas de su misma profesión. Se vengaría. Lo prometió un centenar de veces mientras sudaba y avanzaba con dificultad hacia el este.

Esperaba que fuera el este, al menos. No tenía facilidad para orientarse y dudaba respecto a la dirección en la que habría corrido tras su pánico inicial. Pero después había hecho un esfuerzo por dirigirse hacia el este con mayor exactitud, tal como Wo había sugerido.

Después de correr durante varias horas, sin señal alguna de rescate, Kress comenzó a estar seguro de que había calculado mal su dirección.

Transcurrieron varias horas más y el temor le asaltó. ¿Y si Wo y Shade no le localizaban? Moriría allí mismo. Llevaba dos días sin comer, se sentía débil y asustado, su garganta estaba reseca por la falta de agua… Era imposible proseguir. El sol estaba poniéndose y pronto se hallaría perdido en medio de la oscuridad. ¿Qué sucedía? ¿Acaso los reyes de la arena habrían devorado a Wo y Shade? El miedo le sobrecogió una vez más, llenó todo su cuerpo, agravado por la sed insoportable y un hambre atroz. Pero Kress siguió caminando. Se tambaleó al querer correr y cayó al suelo en dos ocasiones. La segunda vez se arañó la mano en una roca y brotó sangre de la herida. Kress la chupó sin dejar de andar y ni se preocupó ante la posibilidad de una infección.

El sol se hallaba sobre el horizonte, a espaldas de Kress. El ambiente se hizo un poco más fresco, cosa que Kress agradeció.

Decidió caminar hasta que no hubiera luz y buscar luego un lugar para pasar la noche. Seguramente se había alejado lo suficiente de los reyes de la arena como para estar a salvo, y Wo y Shade le encontrarían a la mañana siguiente.

Al llegar a lo alto de una pendiente, distinguió frente a sus ojos el perfil de una casa.

El edificio era bastante grande, aunque no tanto como su mansión. Representaba un cobijo, la seguridad. Kress gritó y echó a correr hacia la casa. Comida y bebida, tenía que alimentarse, ya estaba saboreando la comida. Notaba las punzadas del hambre. Descendió la colina corriendo, agitando los brazos y gritando a los moradores de la vivienda. La luz era muy escasa por entonces, pero aún así logró vislumbrar seis niños que jugaban aprovechando el resplandor del crepúsculo.

—¡Eh, vosotros! —chilló—. ¡Ayudadme! ¡Ayudadme!

Los niños vinieron corriendo hacia él.

Kress se detuvo bruscamente.

—No —dijo—. ¡Oh, no! ¡No! ¡No!

Dio media vuelta, resbaló en la arena, se levantó y trató de seguir corriendo. Lo atraparon fácilmente. Eran unos seres pequeños, horribles, de ojos saltones y piel de color naranja oscuro. Kress se debatió, pero fue en vano. Aún siendo pequeñas, aquellas criaturas tenían cuatro brazos y él sólo dos.

Lo llevaron a la casa. Era una construcción deforme, de aspecto triste, formada por arena que se desmoronaba, pero la puerta de entrada era muy amplia, muy oscura, y respiraba. Un detalle terrible, pero Simon Kress no prorrumpió en gritos por eso. Gritó al ver a los otros, los niños anaranjados que salieron arrastrándose del castillo e, impasibles, le contemplaron mientras pasaba a su lado.

Todos tenían una cara idéntica a la de él.

Jugar con fuego

Carlos Daniel J. Vázquez

Respiro. Sí, aún respiro. Me ha costado mucho escapar a los controles, pero al fin lo he logrado. La luz es diferente, pero el aire es igual al de la cápsula donde me tenían encerrado. Mejor dicho casi igual, en realidad es un poco más áspero. Respiro más rápido a causa de la corrida que me veo obligado a realizar. El aire casi no me alcanza. La piel de mis pies (como la de mis rodillas luego de varias caídas) ya está sintiendo los rigores del camino.

Escapo, pero no sé hacia dónde ya que todo lo que veo me resulta extraño. Siento en mi garganta el gusto del líquido rojo que brotó del cuello del Doctor. Quizá no se lo haya merecido, pero no me quedó otra alternativa. O ellos o yo.

No entiendo por qué, pero ellos consideraban que ya no sólo no era indispensable, sino que además mi presencia era extremadamente peligrosa. Y no es que me lo hayan contado, ya que no hablamos el mismo idioma, pero yo corro con una ventaja: puedo ver las intenciones y emociones en sus mentes, cosa que ellos nunca podrán descubrir.

El pecho me pincha y respirar me cuesta mucho. El cielo se está oscureciendo y ya no distingo muy bien por donde voy, por lo que voy a subirme a uno de esos seres inmóviles que el Doctor llamaba árboles.

Ya estoy arriba, cosa que me ha costado un gran esfuerzo.

Hay algo que me sorprendió: en el árbol viven unos parásitos que están llenos del mismo líquido rojo del que estaba lleno el Doctor. Además tienen muy buen gusto, y lo único desagradable es su piel. Ahora ya no tengo hambre y eso me ayuda a aguantar el frío.

Siento el ruido que producen mis perseguidores con sus vehículos y sus animales. Tengo miedo. Miedo a que me descubran. Miedo a que me maten.

¿No hay nadie que esté de mi lado?

No lo creo. Los Doctores no acostumbran defender lo que les resulta extraño. Si quiero mantenerme vivo debo seguir defendiéndome yo solo, a costa de cualquier sacrificio.

La luz fría ya está en el cielo y me ayuda a ver lo que me rodea. A dos ramas de aquí hay algo que respira, algo que me está observando. Voy a quedarme quieto hasta que se vaya o se olvide de mi presencia.

Ya se fue, volando. Debe ser un pájaro, uno grande. Ahora me siento mucho más tranquilo.

La luz que calienta, la verdadera, esa a la cual el Doctor llamaba Sol ya está sobre los árboles. Es la primera vez que lo siento sobre mi piel, esa indescriptible sensación casi tan linda como la que sentí cuando me dejaron meter en el agua caliente por primera vez. ¡Y cómo brilla!

Voy a buscar algunos parásitos, así me alimento y tapo un poco el hambre que me castiga. Después de todo, prefiero sentir hambre y no padecer la tortura de todos esos cables, sensores y sondas que estaban adheridos, conectados o metidos en mi organismo sin mi consentimiento. Yo implorando con los ojos para que me los quitasen. Y sin embargo nunca se dieron por enterados. Si tan siquiera una vez, tan solo una vez ellos hubiesen podido percibir cómo me sentía. Dolorido, asustado, preso, vencido…

Me cubrí los pies con la piel de los parásitos del árbol y ya no me lastimaré al caminar. Ya caminé más de lo que había caminado en toda mi vida. Y trepado. Mis manos están ampolladas y me duelen los pliegues de piel que tengo entre los dedos, igual que la de mi cabeza que, desnuda, es castigada tanto por las ramas como por el sol.

Hace rato que los Doctores que salieron a perseguirme pasaron por debajo de mi rama, por suerte sin verme. Tuve mucho miedo de que me encontraran, porque el sucesor del Doctor podría vengarse de su muerte. Vengarse de mi nacimiento.

Quizá en este momento estén lamentando haber jugado así con algo que no conocían. Haber jugado con fuego. “Haber recorrido grandes distancias astronómicas no habilita para cumplir la función de Dioses Creadores”, había pensado uno de los Doctores al darse cuenta de lo ocurrido.

Después de todo, tengo mucho que ver con ellos. Casi soy como ellos. Fui creado por ellos. Todavía recuerdo cuando el Doctor me mostró el momento de mi nacimiento, y me vi saliendo de la cápsula transparente que separaba el líquido en el que estaba sumergido del frío y ruidoso ambiente exterior y siendo rodeado, ya desde ese mismo instante, de cables, sondas… dolor.

Parece que algo no salió como ellos esperaban, que algo falló en sus cálculos. Quizá la elección y posterior combinación no

fue la óptima para sus deseos. Quizá ellos en realidad no esperaban encontrar en mí a alguien de quien desconfiar, alguien a quien temer. Es posible que ellos no pudiesen lograr conmigo lo que yo logro con ellos, pero yo no soy el responsable.

Tuve que hacer un nudo con el pelo de mi cabeza para no tener que pisarlo, pero después encontré otra solución. Hace mucho, mientras iba paseando mi libertad entre los árboles, uno de mis pies chocó con algo que me lastimó. Era una piedra que, al haberse partido, ofrecía en su borde un canto afilado. Mi dedo chorreaba el descubrimiento, pero a mí me importó la piedra. Me podría servir para muchas cosas. Creo no haberme equivocado. Ahora el agua que cae desde el cielo lava mis cortos cabellos y yo puedo trepar mucho más tranquilo, sin tener que sufrir cada vez que mis cabellos se enredan con las ramas.

También con la piedra puedo pelar mucho más rápido los animales que cazo para comer.

Hace bastante tiempo que no siento las voces de los Doctores. Tampoco veo las luces de sus vehículos o a sus bestias de caza. Cambié las ramas de los árboles por la oscuridad protectora de una gruta. Al principio hasta me dio de comer: algunas plantas, gusanos, ratas… Ratas. El techo de la cueva, cuando llega la luz del día, se llena de ratas ¡con alas! Se pasan gran parte del día haciendo ruido y dejando caer hasta el piso esa pasta tibia y maloliente. Para comer no sirven. Son puro cuero.

Hace poco, antes de que cayera agua del cielo, entró a la cueva un animal parecido a las bestias que ayudaron a los Doctores a perseguirme, pero un poco más chica. Ladró, gimió, mordió, pero no le sirvió de mucho. Un buen golpe en la cabeza lo tumbó para siempre. Desde entonces tengo algo más con que proteger mi cuerpo.

Otro día, bastante cerca de la cueva, se instalaron unos Doctores que yo no conocía. Por lo que pude sentir, estuvieron haciendo mediciones en el terreno, además de algunos experimentos. Cuando oscureció se refugiaron bajo una burbuja y no volví a verlos hasta el otro día. Esperé a que se hubiesen dormido y me acerqué. Habían dejado comida y yo me la llevé. Cuando aclaró y se levantaron, al darse cuenta de que les faltaba la comida…

Pude sentir lo que estaban pensando.

—Un animal, seguro que fue un animal —aseguró el de pelo más claro.

Un animal. Puede ser que yo sea un animal, pero nunca uno

parecido a alguno de los muchos que se imaginaron.

Mi panza estuvo llena por un par de días, aún después de que los Doctores se hubieran ido.

De tanto vivir entre los animales cada vez los fui entendiendo mejor, como a los Doctores. Gracias a los Doctores aprendí que los sonidos, a veces sueltos, otras agrupados, tenían, al ser pronunciados, diferentes significados. Los animales usan, además, otros códigos más sutiles. Ya sé que si el ciervo levanta las orejas es que fui descubierto, que si el gato grande ruge y mueve la cola es que está enojado. Puedo sentir lo que pasa dentro de sus cabezas, lo que me ayuda a que no noten mi presencia, a que me confundan entre los árboles. Susto, enojo, frío, calor, miedo, desconfianza, furia… Todo lo que pasa por sus cabezas se refleja en la mía. También me enseñaron cuales son las plantas y raíces que puedo comer y cuales me pueden matar, o por lo menos hacerme pasar un mal rato.

Hoy es un día de fiesta. Seguí al gato grande hasta el borde del agua. Con su pata se puso a cazar unos animales que viven en ella. Yo lo imité. Me costó pero agarré varios, aunque se me escabullían entre los dedos. Son resbaladizos y casi parece que no tuvieran sangre. Su gusto es diferente a todo lo que había comido hasta ahora, aunque no más feo que el de algunas raíces.

Los animales están nerviosos. Dicen que los Doctores están tumbando árboles. Ellos huyen y yo no sé qué hacer. Decido ir a ver qué pasa. Me acerco lentamente, temiendo a cada paso ser descubierto. Desde el hueco protector que me ofrecen dos rocas encimadas entre sí observo la labor de los Doctores. Están haciendo algo realmente grande. Con una máquina de enormes zarpas están cambiando el curso del agua donde los animales van a beber. Debo irme. Algo me dice que si me quedo no voy a poder ver el fin de la obra.

Hace ya bastante tiempo que me dedico todo lo posible a observarles. Se los ve contentos. Sé que falta poco para que culminen su trabajo ya que, sobre el terreno, ya casi no quedan huellas de lo que han estado haciendo. Quizá dentro de poco los animales puedan volver a beber donde lo hicieron durante tanto tiempo. Claro que el lugar se ve un poco cambiado.

Antes de que el sol se hubiese ocultado, todos los Doctores se introdujeron en el lugar de donde yo escapé. En cuanto estuvo oscuro las luces de ese lugar comenzaron a brillar. Y pasó aquello que yo ya sabía pero no me animaba a creer. En medio de un muy potente silbido, la tierra empezó a temblar. Los pocos animales

que quedaban en esta parte del bosque huyeron en la dirección contraria. Yo no lo hice. Observé. Noté cómo se sacudió, separándose del piso, y comenzó a elevarse. Aquel edificio, adonde yo había nacido y por tanto tiempo había sufrido y había sido aterrorizado, fue despegándose de la tierra donde estaba empotrado. Giró levemente y, primero con un débil silbido y luego con un extraño zumbido se fue desplazando con lentitud por el aire.

Durante un tiempo lo perseguí pero, poco a poco, fue sacándome ventaja. Y eso salvó mi vida. Cuando se hallaba a una distancia que no puedo precisar (pero seguro que ya era demasiado grande) esa enorme cosa se elevó, transformándose en un tremendo trueno y dejando en el aire un rastro luminoso y en la tierra las huellas de un tremendo impacto, como si un gigante hubiese saltado en ese lugar hacia el espacio. Una violenta ráfaga de viento sacudió todo en dirección al centro de la huella. Si yo hubiera estado allí, ahora no sería más que una mancha oscura en la tierra.

Hace días que camino. El bosque ya quedó atrás, con el recuerdo. Las arenas rozan con el calor del sol la planta de mis pies mientras avanzo por el borde de las frescas aguas, éstas que no sirven para beber pero sí para cambiarle el gusto a la carne.

Hoy mi pecho late y retumba como un tambor. Me desperté sintiendo gritos. Todavía lejanos, pero gritos al fin. Cuando ingreso al bosque los animales huyen de mí, como si estuvieran acostumbrados a que los persigan. Veo en sus mentes imágenes de machos y hembras muy parecidas a mí, como cuando me veía reflejado en los espejos de la casa de los Doctores o en el agua mansa de algún estanque. ¿Dónde están? Me propongo encontrarlos lo antes posible.

Trepo a los lugares más altos. Nada. Salgo a la orilla del agua para refrescarme y, después de que el sol y la luna pasaran muchas veces sobre mi cabeza, encuentro rastros de sus presencias. Los siento cerca. Corro. Corro como jamás volveré a hacerlo en la misma dirección que llevan las huellas. Subo la última colina, lastimando mis pies lo suficiente como para que el dolor me incomode. Pero no me detengo.

Al llegar a lo más alto de la colina los veo. Allí están. Al acercarme más noto algunas diferencias entre nosotros. El color de la piel, un poco más de pelo, quizá una espalda menos erecta. Seguro que la misma curiosidad.

El macho más alto me mira con desconfianza. Sé que hasta

ahora es él quien manda, pero si va a seguir siéndolo… Eso seguro que vamos a tener que discutirlo. Yo soy el que lo tiene. Yo soy el que sabe jugar con fuego.

Y espero que lo acepten, porque tenemos mucho que aprender.



“La partida de los Doctores”, por FiPsi

Noticias

equipo Axxón

Sinergia, Cuasar, Más Allá, CACyF

por **Eduardo Carletti**

En los últimos dos o tres años desaparecieron tantas revistas que con solo mencionarlas aquí y contar un poco de su historia sería suficiente para una nota. Desaparecieron todo tipo de revistas. De las pequeñas y de las grandes. Entre las grandes cualquier lector de ciencia ficción —y también quien escribe esta nota— pondría de inmediato a El Péndulo y a Minotauro. Pero hubo otra revista, ya definitivamente desaparecida, que no tuvo nada que envidiarles a estos dos "monstruos" y merece lejos el recuerdo y el respeto de quienes fuimos sus lectores: Sinergia.

Al leer lo que queda decretado en la frase de aquí arriba, más de uno habrá saltado en su silla —me refiero siempre a quienes tuvieron el gusto de conocerla—, haciendo cuernitos con ambas manos. Ocurre que hasta ahora no había una confirmación del hecho, y aunque la revista no apareció por tres años todos pensábamos —y esperábamos— que la cosa podía ser momentánea.

Pero no, no es ni una expresión equivocada ni una suposición de lo indeseado: es la realidad. Sergio Gaut vel Hartman, alma mater de Sinergia (y aficionado furioso a la CF, escritor de primer nivel, fundador del Círculo, ex-presidente del mismo y editor, en este orden o en cualquier otro) ha entregado todo el material que le quedaba para Sinergia y Potencial (otra revista de Sergio) a uno de los fanzines que aún sobreviven (del cual hablaremos unos párrafos más adelante). Esto nos ha sonado —porque así suena, inevitablemente— como un fin. Todos sabemos que Sergio atesoraba material de lo mejor, que Sinergia de tan buena que era atraía los mejores cuentos y las mejores traducciones hacia sus archivos. Y está claro que una interrupción momentánea no hubiese justificado desangrarse así. En realidad lo que ocurre es que lo que viene diciendo Sergio desde hace uno o dos años, es decir, que Sinergia no va más, se ha convertido en una sólida y dolorosa realidad.

Aunque todos esperemos que no sea así.

Con respecto a Cuasar, el mejor fanzine —sin duda— impreso en Argentina, podemos contar noticias de las buenas y también de las tristes (no queremos decir "malas" porque suena demasiado feo). Ha salido el número 21, correspondiente al trimestre Octubre/ Diciembre de 1990. Viene con un contenido de primerísima calidad, en 160 páginas de presentación más cuidada que nunca. Una noticia que nos alegra mucho, y nos enorgullece, es que Cuasar ha ganado el premio GIGAMESH (España) a la mejor revista no profesional. Opinamos que nadie, absolutamente nadie que guste de la ciencia ficción debe dejar de tener Cuasar en su biblioteca. Lo que nos entristece es que Cuasar deba pasar aprietos económicos, dificultad que ha puesto en peligro inevitablemente a cada fanzine que se haya aventurado a existir en Argentina. Según nos ha contado Luis, su director, el desbalance entre el ajuste del cambio (dólares o pesetas) y el aumento del costo de vida, que se ha venido ampliando durante todo 1990, hace que una parte importante de los ingresos que sustentaban Cuasar, los correspondientes a las ventas en España, hayan caído proporcionalmente. Al mismo tiempo la retracción general puede haber producido un descenso en las ventas locales (es una suposición de nuestra parte), lo que no resulta justo cuando los editores de Cuasar están superándose constantemente en calidad y cantidad del material ofrecido. Invitamos a los lectores de Axxón a suscribirse a esta revista, dirigiéndose a CUASAR, CC 5026, (1000) Correo Central. El precio del ejemplar es de 25.000 australes. Otra cosa que nos pone mal es que, a causa de las diferencias que se han suscitado entre los editores de Cuasar y el CACyF (Círculo Argentino de Ciencia-Ficción y Fantasía), se obvien en Cuasar en forma absoluta los resultados del premio Más Allá, cuando se han dedicado varias páginas a informar sobre diversos premios de todo el mundo. Sentimos que se ignora no sólo a la institución (como una forma de expresar, tal vez, el desacuerdo de Cuasar con sus dirigentes actuales), sino también a cada uno de los que han participado, resultando premiados o no: autores, editores, dibujantes, ensayistas, etcétera, sean justos o no los resultados de la votación. Creemos que, en un mundillo pequeño y golpeado como es el de la literatura de ciencia ficción en los países de habla hispana, actitudes de este tipo sólo pueden ser dañinas y conducentes a mayor división entre los aficionados, cosa que no puede hacerle bien ni a las revistas en general ni a una en particular.

A algunos de los lectores de Axxón puede resultarle desconocido el premio mencionado más arriba, es decir el Más Allá. Este premio es otorgado por el CACyF desde su fundación, y corresponde a diferentes rubros, todos ellos dentro de la CF y fantasía, que varían año a año. El premio se decide por votación de sus socios, que votan en una primera vuelta por las nominaciones, y en una segunda por el ganador. Se vota por el material de origen hispanoparlante publicado durante el año anterior, salvo en el caso del rubro "Cuento Inédito", en el que se concursa enviando material inédito y se elige ganador por medio de un jurado.

Los resultados del Premio Más Allá correspondiente a la producción 1989 fueron:

NOVELA

1. Los Pagos (serie), por Daniel Barbieri, José Altamirano, y Santiago Oviedo. (21 votos)
2. La Reina del Plata, por Abel Posse. (2 votos)

En blanco: 8

Desierto: 1

Novela corta

1. El estado superior de la materia, Tarik Carson. (18)

En blanco: 14

Desierto: Cuento ///////

1. Marina del silencio (Axxón #2), Santiago Oviedo. (21)
2. Nombre propuesto para el planeta: ? (Axxón #2), César López Orbea (5)
3. varios, con 1 voto.

En blanco: 3

Cuento corto

1. RCT-I (Axxón #3), Santiago Oviedo (12)
2. MCVI A.S. (Axxón #0), José Altamirano (7)
3. La búsqueda, Alejandro Hadges (3)

En blanco: 5

Desierto: 1

Revista no profesional

1. Nuevomundo (12)
2. Axxón (10)
3. Fusión (7)

En blanco: 1

Desierto: 2

Antología

1. Historia de la fragua (recopilada por M. Souto) (10)

En blanco: 21

Desierto: 1

Artículo

1. Dhalgren: la tensión sobre los límites, D. Croci. (8) y Misisipia [así está en la boleta de votación] o los vientos de la historia, D. Croci. (8)
2. Los infiernos de Shepard, Luis Pestarini. (5)

En blanco: 11

Desierto: Ilustrador //////////////

1. Gerardo Estévez (16)

En blanco: 11

Desierto: 5

Cuento inédito (por jurado)

1. Ninguna parte, Emma Gómez

1. mención: Por la puerta de atrás del Paraíso, L. D. Brizuela
2. mención: La creación, Miguel Angel Monteranti
3. mención: En la realidad de un sueño, Matilde Dardick
4. mención: Una oficina apartada, Oscar Serrano

5. mención: Espacio abierto, Silvana Bujan
6. mención: Pentamotor, Jorge Alberto Ceruti

El 18 de diciembre, en el salón de Liber/Arte, Corrientes 1555, se habrá realizado —lo digo así porque no habrá tiempo para incluir un comentario en este número, que sale el 20— el PRIMER ENCUENTRO NACIONAL DE ESCRITORES DE CIENCIA FICCION Y FANTASIA. Los temas que se han propuesto son "Perspectivas de la Literatura Fantástica Nacional" y "Ciencia y Ciencia Ficción". Participan como panelistas Horacio Moreno, Ariel Ghizzardi, Pablo Costa y Eduardo Carletti.

Reseñas



CUASAR Número 21, Octubre/Diciembre 1990, 160 páginas. Cuentos: Jugando el juego, Gardner Dozois y Jack Dann; No te creo, Eduardo A. Sánchez; Mosquito, Richard Calder; Paisaje, Pedro Jorge Romero; 1178, Raúl Varela; Las quejas de Galileo, Carter Scholz y Santuario, Sergio Gaut vel Hartman. Notas: ABC de la Ciencia Ficción argentina; Scanning (video), Sergio G. v. Hartman; Jabalíes y dragones, Santiago Oviedo. Secciones: Cuasarianas, Libros, Revistalia, Et Al y Cartas.

LA MAZORCA Número 2, Diciembre de 1990, 16 páginas. Cuentos: Si Evita hubiera vivido, por Daniel Barbieri. Varios: Homenaje a P. LUMUMBA; Nipo-nazi-fasci-falanjo-peronista, por Arturo Jauretche.

Primeras Jornadas de Ciencia-Ficción en Filosofía y Letras

Crónica de **Carlos E. Ferro**

"Lo invitamos a participar en las primeras jornadas de ciencia ficción que organiza la Facultad de Filosofía y Letras, que se celebrarán los días 1 y 2 de octubre a las 21 hs. en Puán 470. Concurrirán como panelistas, entre otros, Pablo Capanna, Daniel Bugallo (en representación del CACyF) y Daniel Croci. Entrada libre y gratuita."

Esta fue la invitación que recibí en una de las tradicionales (para los que concurrimos, claro) reuniones semanales de los viernes por la tarde del CACyf (círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía). La recibí con dos semanas de anticipación, así que organicé todo como para ir, sin recibir más información que esa. Y fui.

Los días, como pueden ver si observan en su calendario, eran un lunes y un martes. Las dos jornadas terminaron tarde, no era lo ideal para gente que se levanta a la mañana temprano para trabajar o estudiar, pero me pareció que valdría la pena el sacrificio. Y no me equivoqué.

Fui pensando encontrar poca gente, que sería casi toda del Círculo (es lo habitual en estos casos). No había visto propaganda en ningún medio, así que no sabía ni qué tipo de jornada sería, ni qué gente podía ir. Cuando llegué el lunes a la Facultad de Filosofía y Letras (sintiéndome un poco raro, porque soy estudiante de Química, y estaba en esa Facultad jugando de visitante) me dieron dos folletos (que describiré luego), y vi que en la Facultad había carteles con referencia a la Jornada, y que allí dentro había habido información suficiente (carteles, folletos, informes en la Hemeroteca, etc.) Por eso, y porque les quedaba cerca, la mayor parte de la concurrencia estaba compuesta por estudiantes de las carreras que se dictan en esa casa de estudios.

Uno de los folletos era de cuatro páginas (o sea, una hoja plegada en cuatro). En la tapa decía "SEC. DE CULTURA CEFYL" (colegí, en un alarde de sagacidad, que la sigla correspondía al Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras), en el renglón siguiente OCTUBRE 1990, con las letras en ángulo (como si le hubieran torcido la hoja, vio, pero no por accidente sino a propósito) "PRIMERAS JORNADAS DE CIENCIA FICCION EN FILO - 1 Y 2 DE OCTUBRE". Abajo hay un dibujo, que debe ser de dos extraterrestres (no lo aseguro, porque no pregunté, pero son dos humanoides con cara rara, pelados, con orejas como aletas de pescado y ojos muy grandes; no se me ocurre qué otra cosa

puedan ser).

En la página de adentro decía:

“La ciencia ficción o la ficción científica que tiende a la novelización de lo científico, que acude a las mitologías, que unifica la imaginación individual con la tradición cultural, tal como suele entendérsela en la actualidad, comienza a cultivarse en la segunda mitad de este siglo. Es curioso que en este género se combinen la anticipación tecnológica con lo monstruoso, lo terrorífico y lo desmesurado empleando como marco general el mundo extraterrestre o no referencial.

“Razas, dioses, mitos, máquinas, planetas, héroes confluyen en un ámbito de la creación que, desde su inicio, ganó la adhesión de las masas; tal vez porque, en su forma, se trabajó y se trabaja estéticamente materias como lo melodramático, el suspenso, la intriga policial, la aventura heroica, la caballería, etc.

“Hoy por hoy, en la literatura y en el cine una obra de ciencia ficción puede plantearse como un producto o como una creación memorable, pero ¿cómo pudo instalarse en el terreno cultural e imponerse hasta éxitos insuperados? ¿Cómo logró erigir obras maestras memorables en lo artístico? Cátedras y estudiosos lo están analizando al mismo tiempo que se mantiene intacta la necesidad de una definición del fenómeno de la ciencia ficción.

“La Secretaría de Cultura del C.E.F.Y L. se propone, a través de las Primeras Jornadas de Ciencia Ficción, participar de estos planteos mediante dos mesas de exposiciones que aborden el fenómeno desde una modalidad de reflexión contemporánea, actualizada e interdisciplinaria.

La siguiente página decían que la primera mesa era ‘LA CIENCIA FICCION EN LA LITERATURA’, y que los panelistas serían Marcial Souto (editor de la revista El Péndulo), Carlos Gardini y Alberto Vanasco (cuentistas de ciencia ficción, conocidos), Pablo Capanna (filósofo y estudioso de la ciencia ficción, ver sus aportes a los números 10 y 14 de Axxón), Luigi Volta (profesor de una universidad italiana) y Luis Pestarini (aficionado a la CF, editor del fanzine CUASAR). Al único que yo no conocía de nombre era a Luigi Volta, los demás nombres me resultaban familiares.

En la última decía que la segunda mesa sería ‘LA CIENCIA FICCION EN EL ARTE Y LA COMUNICACION’ con Daniel Bugallo (presidente del CACyF), Carlos Nine (dibujante), Daniel Croci (columnista de Fierro y miembro destacado del CACyF), Gustavo Mosquera y Vito Campanella (sus nombres me suenan, creo que tienen algo que ver con el cine) y Raúl Fortín (dibujante; en

particular, dibujó varias tapas de El Péndulo).

En estas dos últimas hojas había una lista de temas o puntos que se proponían tratar, pero no la transcribo porque no se siguió, y creo que no tiene mucho interés. También me dieron dos folletos más, uno sobre cada mesa, donde se explicaba la problemática y el temario que deseaban mesaredondizar, pero creo que con lo que transcribí alcanza para que se den una idea del tono y el contenido. En realidad, creo que sobra y que ya se deben haber aburrido bastante, así que voy a pasar al relato de mis recuerdos de la primera jornada. Estos recuerdos pueden contener alguna inexactitud y, lo que es peor, como me estoy guiando por apuntes tomados en las dos mesas, probablemente al armarlos y darles forma, introduzca nuevos errores. Pero las ideas generales de lo dicho estarán presentes, así como también mis impresiones. Ojo: cuando yo indique que una persona dijo tal cosa, generalmente no va a querer decir que dijo esas palabras, sino que eso es lo que yo interpreté o saqué en limpio. Cuando transcriba algo como un diálogo, tampoco será eso exactamente, sino que haré un resumen de los argumentos. En fin, si quieren realmente enterarse de lo que se dijo, traten de conseguir las cintas grabadas, que las deben tener los muchachos del CEFyL (Puán 470, oficina 244).

Llegué el lunes a la Facultad de Filosofía y Letras, allí en un rincón bello y tranquilo de nuestro barrio de Flores, a las nueve menos veinte. Los carteles indicaban que la jornada se hacía en un aula, la número 325, pero no indicaban a aquellos viajeros ajenos a la facultad (como yo) dónde estaba esa aula. Un ligero proceso deductivo me permitió suponer que estaría en el tercer piso, así que subí la escalera y recorrí el tercer piso hasta que la encontré. Era un aula chica y no había casi nadie, así que me ubiqué en un asiento de la segunda fila (nunca fui hombre de primera línea, ustedes saben) y esperé. La gente fue llegando, y la jornada comenzó, bastante puntualmente para lo que son estos eventos en general, a las nueve y cuarto. A esa hora entraron y tomaron asiento los panelistas y la coordinadora o moderadora. Ella tomó la palabra, hizo una pequeña introducción en la cual indicó el tema que nos ocupaba, y la intención de no hacer algo rígido, sino participativo. Después de eso, pidió un voluntario para empezar a tratar los temas sugeridos, y al no encontrar ninguno, pidió al Dr. Capanna que hablara un poco del surgimiento de la CF. (A partir de aquí transcribo puntos, frases y conceptos salientes de las palabras de los conferenciantes.)

Capanna: La imaginería de la ciencia ficción se incorporó ahora a lo cotidiano. En la década del sesenta se introdujo como literatura

secundaria, según la crítica. Luego otra corriente crítica selecciona y estudia un sector determinado de ella: Bradbury, Clarke… La CF se vuelve literatura de autor.

Vanasco: Yo hablo como autor. La CF para mí nace con el siglo, con la muerte de Nieztche y el lanzamiento de la mecánica cuántica. Wells fue lo más importante, entre 1890 y 1895. Contrasta con la actitud materialista de los que siguen a Faraday y otros, que habían descubierto algunos fenómenos superficiales y creían que con eso podían explicar todo. A eso responde, oponiéndose, la poesía y la prosa de la CF, el enfoque humano de un punto de vista planetario.

Los temas tradicionales abordados son el viaje en el tiempo, la vida en otros planetas, la proyección al futuro de problemas actuales, y la fantasía 'libre'.

La CF advierte, para salvar a la humanidad.

La realidad ha superado a la CF.

Gardini: Superó una CF. Parece que la superó toda porque sólo se populariza la antigua CF. (Aquí aclaró además su concepto de lo comercial como no-necesariamente-censurable, lo que ocasionó una pequeña discusión con algunos integrantes del público, de la cual no tomé apuntes. Sorry.)

Volta: En Italia se ocupan de la CF, en Canadá también. Hay cursos, profesores dedicados, etc.

Souto: Ciencia ficción se escribió siempre; Gernsback solo le dio una marca, la envasó. Eso creció en un grupo pequeño, casi marginal. Otra gente escribía CF sin saberlo, por ejemplo Stapledon, que se enteró al final de su vida de que lo había hecho. Más tarde ese grupo cerrado de los comienzos creció, y se derribaron las barreras.

El grupo de aficionados que no leen otra cosa es un riesgo. No es necesario escribir acá CF como la de allá, tenemos nuestro equivalente, que es lo de Borges y Bioy Casares, no es necesario copiar.

En el '50 hubo aquí un gran boom de la CF, porque entró todo junto lo de los veinte años anteriores.

La CF es parte del paisaje de la literatura. La futurista es mensaje de advertencia de la sociedad a sí misma. Ballard proponía inventar futuros que no fueran eso, pero hay muy pocos que lo hayan hecho.

Capanna: Tiempo después de la que conocemos como Revolución

Industrial, la de la máquina de vapor, llegó la Segunda Revolución Industrial, la de la electricidad. La gente que estuvo en eso, los colaboradores de Edison y gente así, necesitaron un canal para expresar su pensamiento sobre el impacto social que eso podía tener, y eso era la CF. Luego pasó la fe en el futuro, y llegó la advertencia. Ahora no hay objetivos o futuros claros, y eso se refleja en la CF actual.

(Lo siguiente son partes que rescaté de una discusión un poco intrascendente sobre si la crítica establecida asigna o no a la CF el lugar que le corresponde.)

Gardini: El mundo académico de las humanidades tal vez no desconfía de la ciencia ficción, sino directamente de la ciencia. Pero esa discusión es muy abstracta, hay que desconfiar de ese tipo de afirmaciones, porque hay muchos autores de CF, y cada uno es un caso particular. No se puede meter a todos en la misma bolsa, y llamarlos 'los autores de CF'.

Vanasco: Creo que es una subliteratura, lo que le impone de entrada una limitación.

Gardini: Creo lo contrario, que se utilizan en ella todos los temas y recursos de la literatura tradicional, y que no es para nada sub.

(Terminada esta discusión, se le preguntó a Pestarini por el panorama actual de la CF nacional.)

Pestarini: El rock tuvo un proceso similar al de la CF. Se empezó importando la música rock, después salieron grupos nacionales que tocaban temas extranjeros, y finalmente se llegó a una identidad de música nacional. Pero ese fenómeno cultural no se dio en la CF. Hace falta un espacio para eso. Ese espacio no se arma en las facultades, no hay revistas sobre el tema, en las revistas populares no se lo trata. Falta un mercado que lo impulse.

(Aquí se comentó la desastrosa situación del país, y por poco no terminamos todos llorando. Después, bastante después, se le pidió al profesor Volta que hablara de cómo y qué veía de la CF nacional).

Volta: Un código fuerte impide aquí el goce de textos repetidos de evasión. Hay fans, pero no un público que lea. Se dirige el género a gente que quiere divertirse. Pero para eso la gente tiene que aburrirse en su trabajo, en su vida diaria. Y acá hay poco de eso. Ustedes no se dan cuenta, tendrían que ver a la gente en las calles o los cafés de Europa para darse cuenta de que no se aburren lo suficiente.

La CF es un placer solitario.

Es un reflejo de la realidad del momento.

En los EEUU ahora hay mucha contaminación, mucha mezcla con los recuerdos. Los autores desaparecen, aparece sólo melancolía, un museo.

En Italia no, y eso se rechaza. Se transforma.

Es importante la labor de la academia, para estudiar y comprender.

El cine y la TV entran en la CF, hay menos descripción y más diálogos.

Aquí terminan mis anotaciones sobre la primera jornada. Veo, al transcribirlas, que son lamentablemente fragmentarias, que me quedaron muchas cosas sin anotar, y que no pude reflejar, en la mayoría de los casos, lo bien dichas que estaban las cosas y el excelente nivel de discurso y discusión que hubo. Tampoco reflejé la participación del público, que la hubo y mucha, con preguntas, con argumentos de discusión, con planteos. En fin, que con esto apenas alcanza para darse una idea de los temas que se trataron.

A nivel personal, me impresionó la claridad de Pablo Capanna en cada una de sus intervenciones y la oportunidad y acierto de éstas, en contraste con algunas intervenciones del público, que forzaron en ocasiones discusiones que no venían al caso. Hago hincapié en la claridad porque, si bien yo ya conocía esa virtud en sus ensayos y artículos (ver 'El sentido de la Ciencia Ficción' y los ensayos que salieron en El Péndulo), es muy distinta la dificultad de ser claro en algo escrito y en algo oral, sobre todo si es improvisado.

Me impresionó también lo poco que habló Marcial Souto (después me aclararon que no era nada particular, que él es siempre así), y, en contraste, las dinámicas y joviales exposiciones de Gardini. Otra persona que casi no habló fue Luis Pestarini.

El profesor Volta intervino poco al principio, pero quedó a su cargo el cierre final de la primera jornada, con una intervención expositiva de entre cinco y diez minutos, en la cual habló muy rápido (pese a su acento italiano, se lo entendía perfectamente) y de muchas cosas (de las que por desgracia no anoté más que unas pocas).

Hubo, a lo largo de esta jornada, una cierta actitud paranoide mantenida por varias personas, según la cual los círculos académicos no se ocupan lo suficiente o lo suficientemente bien de la CF y la fantasía. Algo así como un grito de 'No nos dan el lugar que merecemos. ¿Qué están esperando?' Otra parte del

público respondió que estaban viendo temas relacionados con eso en sus clases, a lo que se respondió que eso era algo ‘nuevo, de este año, antes nunca’. A raíz de eso se originó una extensa discusión, que yo creo humildemente que no venía al caso. Juzgue cada cual, por favor. Por mi parte, creo que generalizar es peligrosísimo, porque debe haber académicos apasionados por la CF, y otros que no la puedan ni ver o la consideren algo bueno para los chicos y adolescentes, evasión, etc. Como bien dijo Gardini, ‘No podemos dejar que el bosque nos tape cada árbol.’

La segunda jornada empezó accidentadamente: Lo primero que recibimos del coordinador fue el anuncio de que no iban a venir ni Carlos Nine, ni Lito Campanella ni Mosquera. Se incorporó al panel Pablo Muñoz, miembro del CACyf y diagramador de Skorpio, que había acudido en realidad como público, pero que por su actividad podía contribuir muy bien a dar un panorama de la relación entre arte, comunicación y CF.

A continuación de ese anuncio, el coordinador hizo una introducción, de la cual lo único que tengo anotado es un críptico ‘masividad a partir de la imagen, iconografía local’ (ya sé que es odioso tratar de descifrar este tipo de apuntes, me pasa lo mismo en la facultad, pero bueno, hay que ver lo positivo: cada quien puede rellenar con lo que piense que dijo el coordinador. Después lo escribe, los manda a Axxón y los juntamos todos, bajo un título como ‘Ensayos sobre la relación entre el arte y la CF’. Gracias).

Fortín: No sé lo que es ciencia, ni lo que es la ficción. Veo en la CF una imaginación vulgarizada, siempre los mismos temas. Me baso en los otros mundos, pero en los interiores. Estaba cansado de tapas que mezclan bichos y máquinas, o el pasado con el futuro. Creo que es un peligro que la CF se base en la tecnología.

Coordinador: Creo que su arte representa mucho más lo nuestro.

Fortín: Si yo pienso, ¿qué es? ¿Realidad o ficción?

Croci: Trabajo con una teoría que separa la CF de la fantasía en base a la estructura. La da una construcción hipotética, una premisa que deriva. Si ésta se basa en un conocimiento riguroso, será realismo hipotético, que por convención se llama CF. No quiere decir que no se pueda combinar. Los españoles se aferran a la clasificación de CF hard y soft, basadas respectivamente en las ciencias físicas y humanísticas.

Croci aclaró además que discrepaba con el sustento filosófico y metafísico de Capanna. Luego el coordinador preguntó a Pablo Muñoz qué estaba pasando ahora con la CF en la historieta, que parecía tener un gran auge.

Pablo Muñoz: Meter gente nueva. La mayoría hace under, experimentación o CF. Espacio tuvo siempre (El Eternauta, Barbara). La historieta tiene mucho que ver con el cine, y ahora la CF es taquillera. Bien dibujada y escrita, tiene ventaja sobre la literaria.

Croci: La CF en historieta aparece con los superhéroes y el space opera, pero a partir de la Segunda Guerra se replantea la imaginación. Aparecen historietas individuales. Acá se empezó a crear en 1951. Vinieron varios creadores italianos, lo que permitió un gran salto cualitativo.

El grueso de la producción argentina en CF es historieta. La literatura está más marginada, nunca se logró comercializar. Aunque sí se logró colocarla afuera.

Aquí el coordinador le preguntó a Daniel Bugallo cuál era la actividad del Círculo.

Daniel Bugallo: El Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía agrupa gente a la cual le interesa el tema. Tiene más de ocho años en actividad.

En este país la CF está marginada.

Von Danikken y esa gente son ladrones profesionales (risas en el público).

La CF no tiene límites fijos, esto hay que aclararlo.

Además, la CF es yanqui, y es difícil romper con eso.

Croci: Llegó a haber entre 15 y 20 revistas.

Bugallo: Ahora hay 6, y salen a pulmón.

Horacio Moreno (miembro del CACyF), desde el público, intervino y aclaró que una de ellas es Axxón, detallando a continuación sus características. Un chivo completo, que le agradecemos.

Fortín: Parecería desubicado producir CF en un país que no puede hacer ciencia.

Bugallo: Antes la CF era el muchacho que mataba marcianitos. Luego se introdujo la ciencia, pero con eso se marginó.

Croci: No se ha logrado encontrar mensajes viables, que interesen (salvo excepciones, como Mosquera). En historieta sí, se llega.

Fortín: Los otros medios han sido para sectores.

Coordinador: La sociedad se habituó a la CF. Las nuevas generaciones nacen en un mundo que la toma como parte de un mercado. La ciencia y la tecnología está al día, y la CF también. La

gente joven nace en un mundo donde la CF no se discute. Las discusiones parece que quedan para los mayores, los más viejos.

Croci: No estamos libres del impacto de la tecnología. La CF surgió de la divulgación científica.

Bugallo (respondiendo a una pregunta del público): Hay relación entre CF y política (Dune, Los desposeídos).

Croci: Si se proyecta una situación que se da en la sociedad, queda incluida en el relato. Puede ser el núcleo o algo accesorio.

La política ficción es otra cosa, de más corto alcance temporal, como un best-seller.

Pongo más interés en la relación entre el hecho social y el proceso creativo.

Coordinador: El guión original de Alien era sobre un B-29 volando, en el que aparece un alemán con una Luger, el enemigo interior.

Croci: El género se hace intérprete de cosas que están, de miedos populares. Esto también lo puede hacer la literatura fantástica.

Alguien del público: Alien es una película que rompe con muchas cosas, algo relevante, una gema.

Croci: La paranoficción, variante de la literatura clásica, tiene muchos contactos con la estructura de la CF.

Esto fue el inicio de una discusión sobre Alien, la película, que fue bastante interesante, con mucha participación del público. Reiteradas veces el coordinador aclaró que el tema de Alien, por sus características, daba para tratarlo en un seminario aparte. Pero se vieron y discutieron y resaltaron varios aspectos interesantes. Como siempre, su cronista estrella no los anotó. Lo siento, pero fue todo un intercambio muy rápido.

Croci (respondiendo a una pregunta del público): Hay un género de la CF, la ucronía, que no va al futuro, sino a un pasado posible.

Fortín: Si tomamos la melancolía del pasado y el temor al futuro tenemos un espectro completo de pensamiento libre.

Croci: La irrupción de lo siniestro o irreal, otro elemento fundamental, tiene mucho que ver con el impacto emocional.

Coordinador: ¿Cómo se puede insertar una lectura seria a nivel universitario?

No recuerdo bien cómo, pero a esta pregunta siguieron intervenciones y discusiones entre el público, con los panelistas mirando y siguiendo la polémica sin intervenir o interviniendo

poco (el mundo del revés). Entre el público estaba el profesor Volta, y dijo esto, entre otras cosas:

El Eternauta es coherente, porque refleja estructuras argentinas. En Alien se puede encontrar todo, pero eso no es posible acá. En el Eternauta hay siempre pérdida, como en el tango. Sólo cuando están dentro de la casa hay placer, lo exterior es hostil. Esto es interesante afuera, porque es genuino. Ahora se ve una degradación de esto: lo de afuera es hostil, y lo de adentro también. Esto se ve en Fierro, llena de monstruos como personajes, con sus propios cuerpos grotescos y deformes.

Una obra de arte debe ser profunda, debe tener varios niveles y estar abierta. Alien es cerrada. Se disfruta viéndola una vez, pero no tiene riqueza de lecturas.

Voces del público se levantaron contra esto.

Croci: Ese deterioro se relaciona con la caída general del país.

Otra intervención del público, algo después:

Lo que marca la CF ahora es una estética, se ve en el cine, en videoclips, en el posmodernismo. Son cosas nuevas, que surgen de la CF. En este momento hay muchos videastas independientes, pero hay carencia de guiones.

Y aquí van las últimas ideas sueltas que tengo anotadas:

Fortín: No hay que aceptar esta teoría del fin de las ideas que nos proponen, hay que rechazar el fin de la historia porque es una idea de dominación.

Volta: En Italia, en los EEUU se dan aparte de la corriente principal, adulta, relatos para niños, positivos. ¿Por qué acá no? Eso es necesario.

Fortín: Eso sería muy ingenuo y no convencería. Lo positivo es abrir la aventura del pensamiento.

Volta: No se crean héroes y eso es un grave problema.

La discusión siguió un poco más, pero ya era tarde y prácticamente el coordinador despejó el salón. Se prolongó un poco más en el pasillo.

¿Qué más puedo decirles? Creo que en conjunto el balance, para mí, fue muy positivo. Oí cosas muy interesantes, tuve la oportunidad de conocer alguna gente importante dentro de nuestro medio y vi la concreción de un esfuerzo destinado a que la CF ocupe más lugar en las carreras de Letras y Ciencias de la Comunicación. Realmente, algo valioso. Sería fácil marcar

defectos, fallas o desaciertos, pero prefiero aclararles que me pareció extraordinario ver que la gente se moviera para esto, y que saliera tan bien como salió. Esperemos que se repita.

Anecdotario de la Feria de los Inventos

por **Eduardo Carletti** y **Gladys Canizzo**

La Feria de los Inventos, organizada por la Subsecretaría de la Juventud de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, funcionó en el centro de exposiciones de Figueroa Alcorta y Pueyrredón (el mismo que se usa para la Feria del Libro) entre el 16 de Noviembre y el 2 de Diciembre de 1990. Nuestra revista tuvo su stand (como invento que es), lo que nos ha dado la gigantesca satisfación de copiar, en directo, cerca de 2000 diskettes. (1300 vendidos por nosotros al valor de costo y el resto contando, más o menos, los que trajeron sus dueños.) Calculamos que otras tantas personas llevaron anotados en nuestros folletos los datos necesarios para conseguir Axxón en diversos comercios que ofrecen su copiado. Repartimos, en mano de los vistantes, 3000 folletos. De lo que se deduce, por supuesto, que hemos tenido un fuerte aumento en la difusión de la revista.

Pero no es lo único que ha quedado. El trato directo con tantas personas nos ha permitido atesorar una experiencia única, en la que brilla el recuerdo maravilloso de sus impresiones, opiniones, felicitaciones o críticas y la sensación cálida de haber despertado el interés de la mayoría de los visitantes. La breve colección de anécdotas que sigue es una pequeña muestra de todo lo que pasó. Lo demás quedó en nuestro corazón.

Anécdotas

1. Viene un chico con su abuela. Están mirando la tapa del número de primavera, en el cual aparecen los famosos arbolitos de Contín, llenos de hojitas y/o flores. La abuela se entusiasma y quiere comprarle a toda costa un diskette a su nieto. El chico tiene una Commodore y lo dice, pero la abuela no entiende la diferencia, así que sigue diciendo: “Nene, ¿querés que te compre uno?” El chico, ya irritado, le contesta: “Abuela, con la mía (su máquina) no puedo ver ni una hoja (del árbol)”.

2. Le muestro la revista a un joven, ve una cantidad de tapas, especialmente las de los números 11, 12, 13 y 14, que son en colores (estamos frente al monitor VGA que nos prestó WORK SISTEM COMPUTACION), en un momento surge de parte del "cliente" una inquietud: cuánto cobramos por editar una revista, o catálogo. La razón de sus preguntas, explica, es que trabaja en una imprenta y teme quedarse sin trabajo. Le explico que todo depende de la complejidad, que si tiene dibujos, si tiene tapa, si tiene paso de páginas con efectos cuesta más, pero que si quiere algo muy sencillo, como en el número cero, donde las páginas simplemente "pasaban", el costo se va reduciendo. Quiere ver el cero. Se lo muestro. Cuando la tapa va por la mitad, exclama "¡Pero esto ya lo conozco!" con cara de asombro, como si nosotros hubiésemos surgido de un sueño suyo o de un universo paralelo donde vivió otra vida sin saberlo. Yo le digo que puede haberla visto en varios lados, y se los menciono. Finalmente descubrimos que la vio en la revista de Clarín.

3. Una chica con su novio. Ella pregunta todo, aunque el interesado en la ciencia ficción es él. Le muestro varios números, los índices, las ilustraciones, la forma de pasar las páginas, el señalador, el escape de pánico, en fin, todos los chiches. El novio mira como si no le interesara. Ella sigue interrogando más y más. Cuando parecen decididos a llevarse un diskette, ella le pregunta a él, que sabe de CF, "¿Cuál llevamos?" El contesta como si la respuesta no le correspondiera: "No sé, llevá los últimos..." Ella insiste: "Pero dale, decime cuáles". El no se decide. Les propongo que lleven los más recientes, que son los más sofisticados y tienen la lista completa de lugares donde pueden, luego, copiar el resto. Se deciden por llevar cuatro, el 11, 12, 13 y 14. La chica sigue haciendo preguntas, lo cual me parece raro, ya que el interés por la CF es de su novio (le gusta Clarke). Al fin sale a la luz la razón: ella es periodista y teme perder su trabajo. Le explico que no debe tener miedo, que todavía hay tiempo, y que al fin y al cabo los diarios, revistas, libros, etcétera, los seguirán escribiendo las personas. Por fin se queda tranquila. Le dice al novio, que está sentado a mi lado: "Bueno, ¿vamos?" El, como sin ganas, contesta: "Yo me quedo". Y empieza a hablar conmigo sobre computadoras y las piezas del museo. Ella se impacienta un poquitito: "Dale, nos faltan ver muchas cosas". El se encoge de hombros: "Y bueno, andá..." Ella muestra un gesto mitad de molestia y mitad de desamparo: "¿Y me vas a dejar ir sola?" El, ante lo inevitable, se levanta y la acompaña. Camina los primeros metros mirando hacia atrás, tal vez con la sensación de que se está perdiendo algo. Los saludo con una sonrisa.

4. Acabo de recibir la tarjeta de un representante de GIFIDAT, que desea ser otro centro de distribución de Axxón. Me siento a seguir con mi trabajo de copiado de diskettes. De pronto veo una agitación en el grupo de personas que atiende Gladys, frente al monitor en colores. Una señora que se agacha por encima de los demás, se acerca como puede a la mesa y empieza a anotar algo en una tarjeta. Parece apurada, como si se le estuviera por escapar una oportunidad irrepetible. Al mismo tiempo que Gladys sigue hablando de Axxón frente a varios concurrentes, un señor saca de su billetera algunos australes y un billete de un dolar (luego me entero que no era el marido, como pensaba yo, sino otro interesado en llevar la revista), y otros hacen preguntas. La mujer parece muy excitada. "¡No lo puedo creer, por fin los encuentro!", exclama. Nos cuenta que tenía guardado un recorte de una revista con un artículo donde no dice nada de cómo encontranos (debe haber sido el la revista del Clarín) y que lo que menos se esperaba era que estuviéramos en la Feria. Tiene un negocio de computación y quiere tener la revista para ofrecer su copiado. Va a mandarla a Misiones, donde hay un pariente suyo que también va a copiar la revista. Lleva cuatro números, explicando que está todo el día con diskettes, y que lo más ridículo que se le hubiera podido ocurrir, antes de encontrar Axxón en la muestra, es que iba a terminar comprando diskettes en la Feria de los Inventos. Un detalle: los diskettes los pagó la mujer, que estaba con su marido, porque en su casa los gastos en libros le corresponden a ella.

5. Luego de las consabidas explicaciones, y luego de pasarle los datos de los BBS's donde se puede conseguir Axxón, el flaco me espeta: "¿Ustedes saben el revuelo que están haciendo en el mundo de la informática? Todo el mundo los conoce. Todos hablan de ustedes. La gente busca números que les faltan, o quieren conseguir un primer ejemplar. Están todos enloquecidos." No lo abrazo porque hay mucha gente, y quedaría mal…

6. Una chica se detiene y le dice a Gladys: "Yo de ustedes leí o escuché en algún lado". Y se queda pensando. Gladys le menciona las notas donde aparecimos, incluyendo la noche de Imagen de Radio y la aparición en el Canal 2 referida a la Feria. Ella sigue buscando en su memoria. Luego exclama: ¡Ahora me acuerdo, escuché a unos chicos en el colectivo que venían hablando de ustedes! Nos quedamos sorprendidos y felices.

7. Ponemos la tapa de los arbolitos. Alguien del grupo exclama: ¡Pero esto lo vi en la televisión! (Escena repetida varias veces, lo mismo que con la tapa del número cero o con la nota del suplemento Sí del Clarín.) Otro nos conoce porque lo escuchó en

la radio (?). Una chica vino especialmente luego de ver la nota en el canal 2.

8. Interesados a futuro: Una chica que no tenía su PC se quedó tan encantada que llevó un número para verlo en la computadora de un amigo (algún día, estamos seguros, tendrá su máquina). La situación se presentó otras veces. Los que estaban por comprar una PC, los que tienen una Commodore pero la van a cambiar pronto, los chicos cuyos padres llevaron Axxón para que su hijo "ya la tenga". Los que la llevaron porque les gusta, aunque todavía no tengan PC.

9. Un señor se para asombrado frente a la pantalla y exclama: ¡Pero esto ya lo vi en otra exposición! Preguntamos un poco. Resulta ser que la vio en el Sheraton, en Software '90, en el stand donde estaban "en exposición" los chicos que habían ido a las olimpíadas informáticas en Rusia. Uno de ellos, amigo nuestro (Daniel Mastraccio), había estado leyendo Axxón en los ratos de aburimiento de la muestra.

10. Luego de mirar un poco y escuchar las explicaciones pertinentes, un joven con aspecto de intelectual (unos 30 años) se sienta frente a la máquina y le cuenta a un miembro de la revista que él la ha visto en la casa de un amigo. Luego le pregunta por qué no es fácil imprimirla para leerla desde el papel. Le explicamos que es así porque está planteada para ser leída en la computadora, ya que tiene movilidad, alguna interacción, etcétera, y que nosotros preferimos que esto no sea desperdiciado en una versión "congelada" en papel, de modo que no facilitamos la impresión (aunque ésta pueda hacerse). El retruca preguntando: "¿Pero esto no es asquerosamente elitista?". Fernando Bonsembiante, que suele ser parco y exacto en sus respuestas, le contesta con un simple "sí". El señor, sin decir nada, se levanta de la silla, se da media vuelta y se va.

11. Un extraño suceso ocurrido un ignoto día de la segunda semana: Llega el primer turno y se encuentra las sillas del stand apiladas de una forma extraña, tipo escena de Poltergeist I, las cajoneras de escritorio que usábamos de base para los monitores desaparecidas (era costumbre dejarlas en su lugar, sobre sendas mesas) y las dos macetas con las pobres y sufridas plantas de Gladys que adornaron la muestra faltando de su lugar típico (arriba de una especie de vitrina). Explorando en la semi oscuridad (que los organizadores mantienen al principio y final del horario de la Feria, a los efectos de "facilitar" el armado y desarmado del stand) aparecieron las plantas arriba de las cajoneras, las cajoneras encima de algunas de las máquinas de la

exposición de antigüedades de informática y las biromes que proveyó gentilmente Indur enchufadas en un grupo de agujeros que tiene la Teletype (vieja consola de computadora que forma parte de la exposición), como si el turno noche hubiese sufrido un extraño ataque de “apiladitis” complicado con divague total. Como si esto fuera poco, uno de los arcones (sí, arcones como los de la abuela) en donde dormían las computadoras estaba con el candado puesto en su aro pero con la chapa de cierre afuera de la traba. Todavía no hemos podido dilucidar qué pasó en ese agitado cierre para que nuestros socios se volvieran tan locos.

12. En un momento en que mostrábamos la página con el listado de proveedores, se acerca una señorita a preguntar si tenemos representante en Mar del Plata. Buscamos en un cuaderno donde veníamos anotando a los nuevos distribuidores, ya que un par de días antes nos habían ofrecido una dirección de allá. Cuando ve el nombre y la dirección se queda helada. “¡Pero este es mi primo!”, exclama. Luego nos explica que habló por teléfono con él para contarle de la revista, y que no puede entender qué pasó, ya que su primo esperaba información y/o la revista a través de ella. La deducción que sacamos, ella y nosotros, es que él se vino a la Feria (y a Buenos Aires, claro —elemental, Watson—) porque estaba entusiasmado con Axxón. Nosotros felices.

Otros expositores:

(a) Mientras armamos el stand, Fernando prueba las computadoras, recién llegadas desde WORK y COMPUTER PRO, que —¡alabados sean!— nos prestaron. Una hermosa niña de un stand cercano (auto solar) pasa y se queda asombrada: “Es la revista que vimos en…” (nos perdimos el resto entre el ruido ensordecedor de los sonidistas probando una y otra vez la misma grabación). Luego, en las doce horas que duró la lucha por armar un stand aceptable (*), y en el resto de los días de la exposición, ella se detuvo a mirar decenas de veces, tirando del brazo de quien fuera su acompañante ocasional, y exclamando siempre: “¡Mirá que hermoso!”.

(*): El comentario anterior —referido a la “lucha”— significa ni más ni menos que eso, que para montar el stand tuvimos una amarga lucha, ya que no nos daban mesas, ni sillas, ni vitrinas, ni “cubos” para exponer las máquinas viejas del museo y no nos conectaban la electricidad porque no “figuraba” ningún pedido de nuestro stand, y eso que el día que debíamos presentarnos de 8 a 20 para ver el lugar y pedir los materiales nosotros llegamos primeros, nos dieron el número uno y las credenciales de expositores —que tenemos como prueba— números 0001 y 0002,

y nos registraron ante nuestra vista lo que pedíamos, sin ningún pero. Parece que a los que madrugan los organizadores no los ayudan, porque entre mis reclamos me encontré, también reclamando, al señor que aquel día tenía el número 2. Debemos confesar, sin ninguna vergüenza, que los elementos que tuvimos en el stand los conseguimos "tomándolos" de las pilas que los organizadores hacían en la sala central, cuando los recibían de quienes fueran que los proveían.

(b) En un momento, y dado que había llegado una hora antes de mi turno de relevo, salgo a recorrer para ver algo de la Feria. De pronto veo, en uno de los stands que están dedicados a equipos para facilitar la comunicación de discapacitados, algo muy, pero muy familiar. Vuelvo al 240 (el de Axxón) con una gran sonrisa. "A que no saben la novedad" les digo a los operadores de turno… "ahora tenemos tres máquinas para mostrar Axxón. (Por si no quedó claro —ya que puede ser que el lector no sepa que teníamos dos máquinas en la exposición— aclaro que, en aquel stand, un joven ojeaba un número de Axxón mientras un grupito de público miraba interesado).

(c) Stand de enfrente, muestra de robótica. Su dueño lleva ejemplares de la revista, pero no tiene tiempo para verlos ya que debe usar su máquina para la ofrecer su producto. Un amigo se interesa y le "rapta" los Axxones para verlos en casa. "Cuando termine la Feria", nos explica dicho expositor, "voy a tener que rescatarlos".

(d) Un señor del stand del CONET (institución que tuvo mucho —o todo— que ver en nuestra presencia en la Feria, ya que nos recomendaron) se acerca, mira con interés los ya famosos arbolitos del número 12 de Axxón, y nos pregunta: "¿Qué tal… regaron los arbolitos?

diciembre de 1990

Axxón

MAQUINAS PENSANTES ¿SI O NO?

01 Dec 90 14:20:00 Rcvd: Fri 30 Nov 0:29
By: Andres Hubert, PC-Destruction (4:900/112.10)
To: Fernando Bonsembiante, Axxon Point (4:900/211.7)
Re: CARTA A AXXON
St: Pvt Rcvd

Antes que nada, mis mayores felicitaciones a la gente de Axxón por la idea inicial de crear la revista, y su continuación ininterrumpida.

Axxón es genial!

Ahora vayamos, con herrores y todo, al grano. Desde que aparecieron los primeros ordenadores, la gente ha especulado y fantaseado con la posibilidad que en un futuro las máquinas puedan pensar como un humano... ser INTELIGENTES y AUTONOMAS... que se autoalimenten de información, programas... etc. etc... y aumenten su capacidad hasta límites insospechados...

Personalmente, creo que ese día nunca llegará... dudo mucho que una máquina llege a pensar inteligentemente algun día... principalmente porque los ordenadores se rigen por procesos lógicos...y dan resultados exactos de acuerdo a la información de que dispongan para procesar.

Lo que sí creo, es que los llamados “sistemas expertos” van a alcanzar un gran nivel, pero un sistema experto no es inteligente... es sólo un programa muy avanzado que analiza una información ingresada por el usuario y da una respuesta de acuerdo a su programa, sus datos... pero en ningún momento la computadora da “una opinión personal” del asunto... siempre contestará en base a datos ingresados por humanos... Creo que el viejo sueño de ‘una computadora para construir cualquier cosa a partir de cualquier cosa’ nunca se hará realidad. Hay un ejemplo

que me parece muy válido para establecer la diferencia entre un ordenador y un ser humano; imaginemos que mi perro es un ordenador... yo le enseño a ir a comprar el diario todas las mañanas... coloco el dinero en su collar y lo dejo salir a la calle, el perro va hasta el kiosco de revistas y agarra un diario de la pila, luego el kiosquero coloca el vuelto en el collar del perro, y éste regresa a casa trayéndome el diario. ¿Pero qué sucedería si un dia el Kiosco está cerrado? El perro llegaría al Kiosco y se encontraría con un problema... no sabría que hacer... a lo sumo se le ocurriría ir a orinar a un árbol cercano, pero dudo mucho que piense en ir hasta otro kiosco de revistas.

Un humano en cambio, puede perfectamente decidir ir hasta otro kiosco y comprar el diario.

La pregunta es, ¿podrán los ordenadores algun día, tomar una acción que no esté programada de antemano?

Andres Hubert.
4:900/112.10 (FidoNet Point)

AXXON

Andrés: Te agradecemos las felicitaciones, y la carta. En una época era muy común en las revistas de Ciencia Ficción ver cartas con especulaciones científicas o preguntas sobre los más variados temas. Esta costumbre parece que se perdió, lamentablemente. A ver si ahora los lectores se prenden en esta discusión, o deciden empezar otra.

Nosotros pensamos, como vos, que los *ordenadores* nunca serán inteligentes. Los ordenadores siempre servirán para *ordenar* cosas, y no para pensar. Las *computadoras* ya son otro tema.

Message #43 - REVISTA AXXON
Date : 04-Nov-90 22:03
From : Carlos Etcheverry
To : Fernando Bonsembiante
Subject : AXXON

ESTUVE MIRANDO LA REVISTA Y ME PARECIO MUY INTERESANTE, PERO EL PROBLEMA MIO ES QUE TRABAJO TODO EL DIA CON UNA MAQUINA Y PONERME A LEER DE LA PANTALLA A LA NOCHE ME MATA, ¿NO HAY NINGUN PROGRAMA PARA IMPRIMIRLA? FELICITACIONES.///

Message #54 - REVISTA AXXON (PRIVATE)
Date : 06-Nov-90 20:54
From : Carlos Fernandez
To : Fernando Bonsembiante

Fernando:

Me pasaron recién hoy las dos primeras revistas AXXON y me pareció muy interesante. A mí me encanta la Física nuclear y por lo poco que vi a ustedes parece que también.

No te puedo hacer un comentario todavía porque no la pude leer bien, pero ya que estoy te quería preguntar si se puede desde el programa sacar por impresora algun capítulo que me interese en especial para poder leerlo mejor y tenerlo como información. Muchas gracias… Hasta pronto

Carlos Fernández

Message #56 - REVISTA AXXON
Date : 06-Nov-90 22:04
From : Robel Merech
To : Fernando Bonsembiante
Subject : TODOS LOS MIEMBROS

INTERESANTE EL TEMA… NO ME IMAGINABA QUE DENTRO DE UNA REVISTA DE CIENCIA FICCION EXISTIERA UN AFAN TAN GRANDE DE DIFUNDIRLA MEDIANTE UN MEDIO TAN INTERESANTE COMO LA TELEINFORMATICA, COMO UN BBS. ME GUSTARIA SABER MAS… ME ADELANTE A ESCRIBIR EL MESAJE ACTUAL SIN ANTES CHUSMEAR ALGO MAS, PERO EN FIN, LA INTENCION ES LO QUE CUENTA. LES HAGO LLEGAR LAS FELICITACIONES Y DE SEGURO ME HAGO UNA ESCAPADA AL ‘BARCITO’ DE SAN JOSE Y RIVADAVIA ASI ME PONGO MAS DUCHO EN EL TEMA. SALUDOS DE NUEVO Y GRACIAS…

Message #67 - REVISTA AXXON
Date : 08-Nov-90 01:21
From : Jorge Martinez
To : Fernando Bonsembiante
Subject : imagen de radio

Felicitaciones Fernando, parece que AXXON se va para arriba… Ya sale hasta en televisión. Grande por AXXON.

Vamos todavía AXXON !!!!!!!! Saludos. —Jorge-

Message #77 - REVISTA AXXON

Date : 09-Nov-90 20:34
From : Alejandro Padovan
To : Fernando Bonsembiante
Subject : Obvio, comentario!

Fernando,

Axxón esta cada vez más buena, por eso es que cedí en mi BBS una sección de files dedicada especialmente a ella. Agradezco a vos, Eduardo y todo el grupo de colaboradores que tienen todo el esfuerzo que hacen para editar AXXON.

Muchas gracias a todos los integrantes del TEAM.

Saludos, Alejandro.//

Message #76 - REVISTA AXXON
Date : 09-Nov-90 20:33
From : Alejandro Padovan
To : All
Subject : Axxón se va pa' arriba

¿Saben que el otro día salió Axxón en el programa "Imagen de Radio"? No salió ninguno de los autores (Fernando Bonsembiante, Eduardo Carletti) pero salio AXXON en un VGA (El número 12).

Vi lo grabado por Fernando y me contó que cuando la chica dio el Teléfono después empezaron a llamar, a los 5 minutos. Al otro día era un llamada tras otra, parecía increíble.

Deseo mucha suerte para los chicos de AXXON y que sigan con esto que es algo fabuloso que no nos quita dinero (¡Más que el telefono!).

Saludos, Alejandro.//

Message #55 - EDITORES
Date : 11-Nov-90 02:49
From : Andres Pita
To : Fernando Bonsembiante
Subject : Imagenes nuevas

Mi nombre es Andrés, y soy de Lomas. Quería decirles que la revista me parece bárbara, me re-copan los cuentos de ciencia ficción, realmente los felicito. Ahora mi mensaje, pronto me voy a comprar un Scanner de mano y me gustaría poder colaborar con la revista enviándoles algunas imágenes nuevas o historietas del tipo de la número 1, (sólo con imágenes). Si les parece bien, déjenme un mail con un teléfono o una dirección a donde me

pueda comunicar con ustedes.

Nada más. Gacias. CHAU!

Andrés

NOTA: Tal vez les sorprenda que no hayamos respondido varias de estas cartas, pero nos pareció una redundancia volver a contestar lo que fue atendido a su tiempo por correo electrónico. Cosas del progreso.

Equipo Axxón

Axxón

- *Dirección*: Eduardo J. Carletti
- *Programación*: Fernando Bonsembiante
- *Dirección Arte*: Rodolfo Contín
- *Secretario Redacción*: Carlos Chiarelli
- *Actualidad y Noticias*: Fernando Juliá
- *Difusión*: Luciano Begalli
- *Traducciones*: Carlos Ferro


Axxón
AXXON-15
CIENCIA FICCION EN BITS
ePUB